

BIBLIOTECA SELECTA

ANDERSEN
CUENTOS



EL ESCARABAJO
AVENTURAS DE UNA BOTELLA
LA MALA CONDUCTA
BIEN HECHO ESTÁ LO QUE HACE EL VIEJO
ETC.

11

P
82-93
A3E

RAMÓN SOPENA
PROVENZA 95 BARCELONA



00053641

APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTÍN MÁS FOLCH

Barcelona 25 de febrero de 1918.

IMPRIMASE
EL VICARIO GENERAL,
JUSTINO GUITART

POR MANDADO DE SU SRÍA.,
RAMÓN M.^a FERRÁN
Vice Canc.

BIBLIOTECA SELECTA

ANDERSEN

: CUENTOS :

El Escarabajo.

Aventuras de una botella.

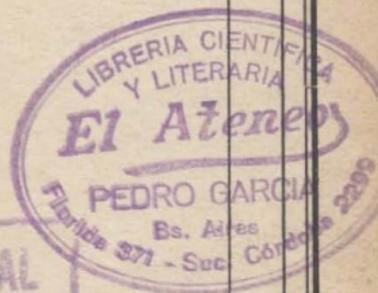
La mala conducta.

Bien hecho está lo que hace
el viejo.

El niño en la tumba.

El compañero de viaje.

29.199



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS
BARCELONA

RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93 A 97

DERECHOS RESERVADOS

EL ESCARABAJO

El emperador ha ordenado que se pongan a su caballo favorito unas herraduras en las que no ha de entrar hierro sino purísimo oro.

¿Por qué? Era un soberbio corcel, de finísimas pier-



nas, grandes ojos suaves e inteligentes, con crines tan largas que le arrastraban casi por tierra.

Había llevado a su dueño por entre la lluvia de balas y las nubes de pólvora de los combates, y oído, im-

pávido, el estampido de las bombas; y cuando el emperador, cercado, iba a caer prisionero, se había puesto a cocear a los enemigos, y dando un salto prodigioso se alejó, salvando así la vida a su amo. Bien valía esto el oro que iban a clavarle en los cascos.

Un escarabajo que tenía su domicilio en la cuadra imperial, dijo al saberlo:

—Primero los grandes, pero en seguida los chicos. No es ésa una justicia perfecta, pero tal es la usanza humana.

Y, cuando estuvo listo el caballo, presentó sus delgadas patitas.

—¿Qué es lo que quieres?—preguntó el herrador.

—¡Herraduras de oro!—respondió el escarabajo.

—¡Cómo!—replicó el herrador—, me parece que has perdido el juicio.

—Herraduras de oro, te repito—respondió el escarabajo—. ¿Es que valgo yo menos que ese gran animal que tiene necesidad de ser almohazado y cepillado para brillar, mientras que yo despido naturalmente el brillo más hermoso? Por otra parte, ¿no formo yo parte, como él, de las cuadras del emperador?

—Pero, desdichado, ¿no sabes por qué ha merecido este caballo el honor de que le pongan herraduras de oro?

—Yo no sé más sino que quieren insultarme aquí. Y puesto que es así, abandono el servicio del emperador y me voy a correr el mundo.

—¡Buen viaje!—dijo el herrador.

—¡Sinvergüenza, plebeyo!—exclamó el escarabajo, y abriendo las alas voló por la ventana.

Fué a parar a un magnífico jardín, perfumado por rosas y claveles.

—¡Qué sitio tan delicioso!—le dijo una mariposa que plegaba sus alitas encarnadas punteadas de negro—.

¡Qué vivos colores los de estas flores y qué suave aroma el suyo!

—A mejores cosas estoy acostumbrado—respondió el escarabajo—. Llamas a esto un sitio delicioso y no hay el más mínimo montón de estiércol.

Y se marchó a la sombra de un gran alelí en el que se solazaba una oruga.

—¡Qué esplendor el del mundo!—decía—; el sol abrasa como el día en que me infundió vida, todo sonrío. Pero nada es esto aún; un día me dormiré, y me despertaré convertida en preciosa mariposa que volará por los aires.

—¿Qué sueñas?—exclamó el escarabajo—. Tú, que apenas puedes arrastrarte, ¿crees convertirte en mariposa y poder volar? En mi casa, en la cuadra imperial, nadie, ni siquiera el caballo favorito de su majestad que lleva mis zapatos viejos de oro, piensa ni por asomo que podrá tener alas un día. Se tienen al nacer, como las tengo yo, pero no crecen así de buenas a primeras. ¡Volar tú! Eso nunca. Voy a enseñarte lo que es volar y la gracia y agilidad que para ello se necesita.

Y esto diciendo, voló fuera del jardín y fué a parar a un campo de césped en el que se ocultó, y después de haber dicho pestes contra la bestialidad de los animales, se quedó dormido.

Se formó una tempestad y comenzó a caer una lluvia torrencial. El escarabajo se despertó sobresaltado, quiso ponerse a cubierto refugiándose bajo tierra, pero no lo consiguió. El agua, que caía a cántaros, le arrastró, le llevó rodando sin dejarle abrir sus alas. Era una prueba terrible para su orgullo. Por fin chocó contra una piedra a la que pudo asirse.

El tiempo se serenó un tanto. A fuerza de mover los ojos, el escarabajo hizo saltar una gota de agua que se los cubría. Vió relucir algo blanco; era una pieza de

lienzo tendida sobre el musgo para que blanquease, y corrió a refugiarse en un pliegue del lienzo empapado. No se estaba allí tan bien como en el tibio estiércol de la cuadra, pero no tenía dónde escoger.

Arreció de nuevo la lluvia y duró toda la noche. Cesó al fin hacia el amanecer, y el escarabajo salió del lienzo renegando del clima de aquel país.

En el mismo lienzo había dos ranas que, por el contrario, no cabían en sí de gozo; sus ojos brillaban de íntimo júbilo.

—¡Qué hermoso tiempo!—dijo una de ellas—. ¡Qué fresca! Y este lienzo conserva admirablemente el agua; casi me llega a la mitad del cuerpo. ¡Es delicioso!

—Sí—replicó la otra—, y a fe que me gustaría saber si la golondrina, que vuela hasta remotos países, ha encontrado nunca un clima más agradable que el nuestro. ¡Qué deleitosa humedad! Estoy tan muellemente como en un pantano. Podemos estar ufanas de nuestro país.

—¿Qué dirías, entonces, si hubieses estado en la cuadra del emperador?—interrumpió el escarabajo—. Allí también es húmedo el aire y por añadidura está perfumado. Creo que, aunque me trasladase a países tan lejanos como la golondrina, en ninguna parte hallaría clima semejante. Díganme ustedes, ¿no saben si hay en este jardín un buen montón de estiércol o una melonera en la que puedan albergarse las personas de mi condición?

Las ranas no le comprendieron o no quisieron.

—No acostumbro preguntar dos veces las cosas—dijo después de haber repetido por tres veces su pregunta.

Y se fué un poco más allá, y encontró una maceta rota que el descuido del jardinero había dejado por allí con gran contento de varias familias de ciempiés que habían fijado en ella su residencia. Entretanto que los

gusanillos se retorcián, las madres elogiaban sucesivamente las gracias de su progenie.

—Si supieran—decía una—, qué bueno es mi hijo, qué bien se porta. ¡Y de una amabilidad!... Sin duda llegará un día a ocupar un puesto brillante.

—El mío — dijo la otra—, salió ayer del cascarón : miren cómo se retuerce, qué saltos da. ¡Qué fuego, qué viveza ! ¿No es verdad, señor escarabajo?

—Sí, sí, ambas tienen razón—dijo éste para que no tuviesen celos ; pues, siendo más o menos de la corte imperial, había aprendido a halagar el amor propio.

Le suplicaron que entrase.

—Mire usted también nuestros pequeñuelos—exclamaron las otras madres—. ¿No le parecen encantadores? ¡Cómo se zarandean ! Es un gusto verlos menearse.

Y los gusanillos rodearon al escarabajo y se pusieron a hacerle cosquillas en las antenas con la mayor familiaridad.

—¿No es verdad que son preciosos?—dijeron las madres hinchándose.

El escarabajo encontró estos modales irrespetuosos y preguntó si no había en las cercanías algún montón de estiércol.

—Cerca de aquí, no—respondió un ciempiés que había viajado mucho— ; pero lejos, muy lejos, a la derecha del foso que ves allá abajo, hay uno. ¡Ojalá que ninguno de mis hijos vaya nunca hasta allí ; me atormentaría el tenerlo a tan gran distancia !

—A mí no me importa la distancia—respondió el escarabajo.

Y se fué sin decir adiós, no tanto por altivez como por conformarse a los usos de la corte copiados de la moda francesa.

En las proximidades del foso encontró varios escarabajos que le dieron la bienvenida.

—Aquí es donde vivimos — le dijeron—. Estamos muy bien. ¿Te gustaría pasar algunos días a nuestro lado en este fangal delicioso? Parece que vienes muy cansado.

—En efecto—respondió—, puedo convenir en que el viaje me ha fatigado. He estado expuesto a la lluvia que me ha limpiado de los pies a la cabeza y la limpieza no conviene a mi constitución. Luego, en una maceta de flores, he estado expuesto a una corriente de aire que me ha producido un reumatismo en el ala izquierda. Pero sólo con encontrarme entre ustedes, me siento reanimado ; es una verdadera dicha alternar con sus semejantes, sobre todo cuando se pertenece a la noble raza de los escarabajos.

—¿Tienes tu morada en un montón de estiércol o un campo de setas?—preguntó el más anciano de los escarabajos.

—¡ Oh ! no tal—respondió el otro—. Habito en un lugar mucho más distinguido : en la cuadra del emperador. Nací allí con zapatos de oro : no los llevo en este momento, porque mi amo me ha enviado en misión secreta ; no me hagan ustedes preguntas sobre este particular, pues no faltaré a la confianza del emperador.

Siguió a sus compañeros al fango, donde le recibieron con grandes honores ; le propusieron por esposa una de las hijas de la casa y aceptó, pero de palabra ; no quería contraer un mal casamiento y se escabulló durante la noche.

En el foso encontró una charca de agua ; se embarcó en una hoja de col que fué largo rato sacudida por el viento, hasta que por la mañana llegó a la tierra firme y el escarabajo subió la cortadura del foso y se encontró en una avenida. Le vieron un anciano y un joven ; éste lo agarró, le dió cien vueltas y comenzó a hablar muy

cuerdamente sobre los escarabajos en general y los estercorarios en particular.

—Alá—dijo—ve al negro escarabajo en el fondo del más profundo cenagal. ¿No se expresa así el Corán?

Pronunció luego el nombre latino de nuestro insecto y expuso todas sus costumbres y hábitos de vida. El anciano, que era un naturalista, habló también, pero sin la pedantería con que lo hiciera su joven compañero.

—Nos lo podríamos llevar para estudiarlo en casa con más detenimiento.

—Poseemos ya dos tan hermosos como éste—hizo observar el otro.

El escarabajo vió en estas palabras una colosal imperitencia y se escapó en el acto de la mano del pretencioso bobalicón, que así llamaba al joven. Llegó cerca de un invernadero donde aspiró embriagadoras emanaciones de estiércol; las ventanas estaban abiertas, entró y, en efecto, encontró una capa de estiércol que acababan de tender. Se hundió en él con voluptuosidad; en seguida se durmió y soñó que el caballo favorito del emperador había muerto legándole sus famosas herraduras de purísimo oro.

Cuando se hubo despertado salió para orientarse un poco. El invernadero era magnífico. Altas palmeras y otros arbustos raros formaban un toldo de verde follaje bajo el que lucían, con maravilloso esplendor, flores rojas como el fuego, amarillas como el ámbar, blancas como la nieve.

—El aspecto de estos lugares no es desagradable—dijo el escarabajo—. Pero será encantador cuando se pudra toda esta vegetación. ¡Qué delicia entonces la de revolcarse en ella! A fe que me establecería aquí con gusto; pero no quisiera ser el solo de mi raza. Veamos si no encuentro algún buen congénere a quien poder

hacer apreciar las altas cualidades de que con justicia me enorgullezco.

Paseaba tranquilo de derecha a izquierda cuando se sintió agarrado ; estaba en manos del hijo del jardinero que había entrado en el invernadero con un compañero, había visto a nuestro escarabajo y quería jugar con él como si fuese un juguete. Lo envolvió en una hoja grande y se lo guardó en el bolsillo ; el prisionero se agitó y meneó las patas, pero recibió un golpe que lo aturdió por el momento. Los dos muchachos corrieron hacia un estanque, tomaron un zueco viejo que estaba en un rincón ; le pusieron un palito a guisa de mástil, al que ataron al escarabajo con un hilo de lana, y botaron la embarcación al agua.

El estanque era muy extenso y el escarabajo creyó que se encontraba en el famoso Océano Atlántico de que a veces había oído hablar ; experimentó tal emoción, que se cayó de espaldas y le costó sumo trabajo volverse a poner de pie. El zueco, impulsado por el viento, se dirigió hacia la costa y el escarabajo sintió calmarse su espanto ; pero los endemoniados chicos se remangaron los pantalones y metiéndose en el agua, lo engolfaron, impidiéndole avanzar cuando se iba demasiado adentro, y regocijándose con las angustias en que suponían sumida a su víctima.

Hete que los llamaron y se marcharon, dejando al escarabajo entregado a su suerte desgraciada. El viento cambió y llevó el zueco cada vez más adentro del estanque. El escarabajo quiso volar, pero estaba muy bien atado.

Acertó a pasar una libélula y se posó en el palito.

— ¡ Qué espléndido día ! — dijo — ; estás aquí muy bien, muellemente mecido por las ondas. Permíteme que te acompañe un instante.

— Bien se ve — replicó él con tono brusco — que eres

tan loca y falta de seso como de cuerpo. Nadie más que tú puede dejar de ver que soy un infeliz prisionero.

—En ese caso—dijo la libélula—, no puede ser muy agradable tu conversación.

Y tomó su vuelo.

—Bueno, si mi viaje no ha sido feliz, a lo menos habré aprendido a conocer el mundo. ¡Qué horror! ¡Qué fealdades se encuentran por todas partes y cómo me he extraviado!... ¡De qué modo indigno me han tratado hasta el día! Y mientras que yo me consumo aquí, el caballo del emperador se contonea con sus zapatos de oro: es lo que más me atormenta. En cuanto a las palabras de esa descarada que se ha mofado de mí en mis hocicos, no merece más que desprecio. Mi vida es muy accidentada. ¡Cuántas aventuras he pasado! Merecerían figurar en un libro; pero, ¿quién las contará? Además, el mundo es indigno de conocerlas. ¿Es posible concebir que un herrador me haya negado zapatos de oro? Si he de morir en este mar, me consolará el pensamiento de que el mundo habrá perdido su máspreciado adorno.

Pero no había aún de morir. Llegó una barca en la que había dos jóvenes. Uno vió el zueco, otro vió el escarabajo. La barca se acercó; agarraron el zueco y con unas tijeras cortaron el hilo de lana que tenía prisionero al escarabajo. Cuando llegaron a tierra, le pusieron sobre la hierba, cantando:

Vuela, escarabajo, vuela,
Que la libertad consuela.

No se lo hizo repetir el pasajero del zueco; y se lanzó a los aires y en un transporte de júbilo emprendió rapidísimo vuelo. En fin, rendido de cansancio, entró por la ventana de un gran edificio y fué a caer, quebrantado, sobre las largas y sedosas crines del caballo favorito del emperador, en la cuadra que había abandonado. Perma-

neció allí algún tiempo antes de volver en sí, y al reconocer dónde estaba, exclamó :

—¡Hola! pues si estoy encima del caballo favorito del emperador. A fe mía, me mantengo en él con tanta arrogancia como su majestad. Pero se me ocurre una idea. ¿Por qué ponemos a este caballo herraduras de purísimo oro?—me preguntaba el herrador el otro día—. Ahora lo comprendo perfectamente : se las ponían para honrarme cuando tenga a bien subirme encima de él.

El escarabajo se sintió repleto de dulce satisfacción.

—He aquí los resultados ventajosos de los viajes—se dijo—. Se tiene alguna que otra desventura, pero se regresa con los sentidos más abiertos.

AVENTURAS DE UNA BOTELLA

Era la más elevada y vetusta, al punto de que amenazaba ruina, de todas las casas de mezquina apariencia que componían la estrecha y tortuosa calle. Sólo pobres personas la habitaban, pero el cuarto en que la indigencia resaltaba en toda su desnudez, era una buhardilla, en cuya ventana había una mala jaula que no tenía siquiera un bebedero usual; en su lugar figuraba un cuello de botella tapado con un corcho que contenía el agua que iba a beber un lindo canario. Sin parecer preocuparse de su miserable albergue, el pajarito saltaba alegremente de varilla en varilla y cantaba sus más plácidas canciones, sobre todo cuando su ama, una vieja solterona, le ponía un poco de verdura.



—Ya, ya puedes cantar—dijo el cuello, es decir, no lo pronunció, pues no sabía hablar más que otro cualquier cuello de botella, pero lo pensaba para sus adentros, como cuando nosotros hablamos con nosotros mismos—. No tienes motivos para no hacerlo—añadió—. Al fin y al cabo has conservado todos tus miembros. Pero, quisiera ver lo que harías si, como yo, hubieses perdido todo el cuerpo, y no conservases más que el cuello y la boca, y aun ésta tapada con un corcho. Con seguridad que no cantarías. Pero no te detengas; bueno es que haya a lo menos un ser alegre en esta casa. Yo no tengo razón alguna para cantar, y además no podría hacerlo. En otros tiempos, cuando no había perdido mi integridad, cantaba a veces al ser frotada con un paño de lana. Los hombres también cantaban en mi honor, me celebraban. Dios sabe cuántas cosas amables me dijeron el día que asistí a la partida de campo en que se celebraron los desposorios de la hija del manguitero. Me parece que fué ayer, y, sin embargo, ¡cuántas aventuras he sufrido desde entonces! ¡Qué existencia más accidentada la mía! He estado en el fuego, en el agua, en la tierra, la generalidad de las criaturas humanas no han subido en los aires más alto que yo. Veamos, recapitulemos, por última vez, todas las circunstancias de mi curiosa historia.

Y se acordó del horno flameante en que había nacido, en el modo cómo la habían formado, con el soplete, de una masa líquida e hirviente. No se había aún enfriado cuando miró el vivo fuego del que salía y tuvo tentaciones de volver a él y revolcarse en las abrasadas cenizas. Pero a medida que se enfriaba experimentaba un intenso placer de figurar en el mundo como un ser particular y distinto, en no permanecer inadvertida entre la masa hirviente por más brillante y transparente que fuese.



La hija del manguitero fué la que preparó el
cesto. (Pág. 18.)

Colocáronla en las filas de un regimiento completo de botellas, sus hermanas, que habían salido del mismo horno. No eran todas iguales en tamaño y forma ; unas botellas de champaña, las otras simples botellas de cerveza. Estaban separadas entre sí, clasificadas según el uso a que se destinaban. Andando el tiempo, en el curso de la vida, puede suceder muy bien que una botella fabricada para recibir el vino más ordinario se llene con el más exquisito «Lacrima Christi», mientras que una botella de champaña puede encerrar betún líquido. Sin embargo, esto no impide que se reconozca siempre su noble origen, aun en esta vil condición.

Las botellas fueron expedidas en todas direcciones, dentro de cajas y cuidadosamente envueltas con heno ; el transporte se verificó con mucha precaución ; nuestra botella vió en esto una gran prueba de respeto, y a fe que no sospechó ni remotamente que acabaría por servir de bebedero al canario de una pobre solterona.

La caja en que hizo su viaje fué bajada a la bodega de un tabernero, donde, por vez primera, fué enjuagada. Singular sensación experimentó. La colocaron a un lado, vacía y sin tapón ; le faltaba algo, pero no sabía qué.

En fin, fué llenada con excelente vino de un viñedo célebre ; le pusieron un corcho, que lacraron, y un rótulo con estas palabras : «Primera calidad». Estaba tan ufana como un colegial que ha alcanzado el premio de honor, y tenía razón ; el vino era excelente y la botella poseía un vidrio sólido y sin granulaciones.

La subieron a la tienda. La juventud es propensa al lirismo ; y en efecto, sentía bullir en sí una infinidad de ideas de cosas que le eran desconocidas, reminiscencias de montañas bañadas por el sol, en las que crece la vid, alegres canciones de los vendimiadores y vendimiadoras. Todo esto lo sentía ella confusamente, así como los

poetas jóvenes no comprenden, por lo general, las ideas que los agitan.

Un día cambió de dueño, se la llevó el aprendiz de un manguitero que había pedido lo mejor de la taberna. La metieron en un cesto de provisiones en compañía de un jamón, un salchichón, un queso, manteca delicada, pan blanco y sabroso. La hija del manguitero fué la que preparó el cesto. Era joven y bonita; en sus grandes ojos negros brillaba una sonrisa tan encantadora como la de sus sonrosados labios. Tenía unas manitas blancas y finas y un cuello también blanco como el ampo de la nieve. Era la joven más hermosa de toda la ciudad.

Toda la comitiva montó en un coche para trasladarse al bosque. La joven llevaba el cesto sobre sus rodillas, y entre los pliegues del blanco mantel que lo cubría asomaba el cuello de la botella, mostrando con orgullo su lacre encarnado. Miraba el rostro de la joven que echaba tiernas miradas a su vecino, un amigo de la infancia, el hijo del pintor de retratos. Acababa de pasar, con éxito, el examen de capitán de marina mercante, y al día siguiente debía embarcarse en el primer buque de su mando y se daba a la vela para lejanas costas. En la casa no habían hablado de otra cosa, excepto la joven, y no porque le fuese indiferente, pues el velo de tristeza que cubría sus ojos y el pliegue de inquietud que se había formado en sus labios denotaban todo lo contrario.

Cuando llegaron debajo de los árboles, los jóvenes hablaron aparte. La botella no oyó mejor que los otros lo que se decían, pues continuaba metida en el cesto. Cuando al fin la sacaron, lo primero que observó fué el rostro de la joven, que permanecía tan silenciosa como en el coche; pero estaba radiante de felicidad.

La alegría era general y todos se reían con fruición. El manguitero agarró la botella y le introdujo el tirabuzón. El cuello no olvidó nunca el momento solemne en

que por vez primera sacaron el corcho que lo tapaba. «¡ Schnap !», dijo con una tranquilidad de buen agüero, y murmuró suaves «glus-glus», cuando escanciaron el vino en las copas.

—¡ Vivan los novios !—exclamó el manguitero, y todos vaciaron los vasos.

El joven marino besó la mano de su prometida.

—¡ El Señor les bendiga y les colme de felicidad !—replicó el papá.

El joven volvió a llenar los vasos, y dijo :

—Bebamos a mi feliz regreso ; dentro de un año celebraremos la boda.

Y cuando hubieron bebido, tomó la botella, y exclamó :

—Has servido para celebrar el día más hermoso de mi vida y no debes desempeñar ya ningún papel en el mundo, pues no encontrarías una función más digna.

Y, con fuerza, tiró la botella por los aires. La joven pensó que no la vería más ; pero, mucho después, debía volverla a ver por los aires, en muy distintas circunstancias.

La botella cayó, intacta, en una espesa junquera a orillas de un estanque, donde se puso a reflexionar en la ingratitud humana.

—Yo les he dado un vino exquisito—se decía—, y en pago me llenan de agua cenagosa.

No veía ya a la alegre compañía ; pero a sus oídos llegaron el ruido de sus cantos y de sus risas. Cuando hubieron partido, llegaron dos niños campesinos que, jugando en la junquera, vieron la botella y se la llevaron a su casa. El día anterior habían recibido la visita de su hermano mayor, un marinero que debía embarcarse al siguiente para un largo viaje y había ido a despedirse de su familia.

La madre se ocupaba en aquel momento en hacerle

un lío de cuanto la parecía pudiese necesitar durante la travesía; el padre debía acompañarlo por la tarde a la ciudad para ver una vez más a su hijo y besarlo en nombre de su madre y de sus hermanitos. Un frasco lleno de ron estaba ya metido en el lío, cuando se presentaron los niños con la hermosa botella que habían encontrado.



La madre reemplazó el frasco con la botella llena de un ron de primera calidad, algo seco para los delicados, pero muy estomacal y muy agradable para los marinos.

—Así tendrá más—dijo la madre—; basta con una botella para no sentir dolor de estómago durante todo el viaje.

Hete, pues, a la botella lanzada de nuevo a correr mundo. El marinero, Pedro Jansen, la recibió con placer y se la llevó a bordo de su buque, que era precisamente el mismo que mandaba el capitán prometido de la hija del manguitero. El capitán no vió la botella, y

por otra parte, no la habría reconocido por la que había tirado después de haber servido para celebrar tan alegremente sus desposorios.

No podía decirse que había degenerado, pues el brebaje que contenía parecía a los marineros tan exquisito como les habría parecido el vino que antes encerraba.

—Esta es la mejor medicina—decían cada vez que Pedro Jansen la sacaba para echar un vasito a los camaradas que tenían dolor de estómago.

Era una música agradable para ellos el ruido del corcho cuando salía del cuello de la botella.

Mientras contuvo una gota del precioso licor, la tuvieron en gran consideración; pero un día se encontró vacía, completamente vacía. La dejaron en un rincón y nadie se ocupó más en ella.

Pero un día se desencadena una furiosa tempestad, enormes olas sacuden el buque con violencia. Se rompe el palo mayor, se abre una vía de agua, las bombas son impotentes, y en la tenebrosa noche, el buque se hunde...

Pero, en el último momento, el joven capitán escribió al resplandor de los relámpagos en una hoja de papel:

«¡ En nombre de Cristo! Nos vamos a pique.»

Agregó el nombre del buque, el suyo, el de su prometida, metió el papel en la primer botella vacía que encontró a mano, la tapó bien y la arrojó a las embravecidas olas. La botella que un tiempo le escanció la dicha y la alegría, contenía ahora este horrible mensaje de muerte.

El buque se hundió con toda la tripulación; la botella flotaba de ola en ola, ligera como una mensajera que lleva el postrimer adiós. Vió al sol levantarse y acostarse; cuando el horizonte estaba encendido, le recordaba su horno natal y sentía el deseo irresistible de precipi-

tarse hacia el inflamado globo. Y es que no tardó en cansarse de flotar solitaria a merced de los vientos, ya hacia el Norte, ya hacia el Sur. Un nuevo huracán sucedió a una calma. En estas peregrinaciones tuvo la

suerte de no ser estrellada contra las rocas, ni de ser tragada por un delfín.

El papel que contenía la triste despedida del desposado a la que había de ser su esposa, no podía producir más que el desconsuelo al llegar a manos de la joven a quien iba destinado, a aquellas manos blancas y delicadas que, el día famoso de los desposorios, habían puesto el blanco mantel sobre el musgo verde del bosque. Bien mirado, el pesar y la desesperación que debía producir,

...la tapó bien y la arrojó a las embravecidas olas. (Pág. 21).

habría valido más que las angustias en que se encontraba la joven.

¿En dónde estaba? ¿En qué dirección bogar para llegar a su país? La botella no sabía nada; se dejaba llevar, empujada a derecha e izquierda; en un principio la gustó esta existencia vagabunda, pero acabó por has-



tiarse de ella ; sabía que no era para aquello para lo que había nacido.

De repente fué arrojada a orillas de una playa, donde la recogieron. No comprendió ni una palabra de lo que decía la gente, pues aquel país estaba separado por centenares de leguas del en que había nacido.

Los que la habían recogido, después de haberla examinado en todos sentidos, la descorcharon para sacar el papel que contenía. Diéronle muchas vueltas, delecteándolo, pero nadie pudo comprender lo que había allí escrito. Adivinaban que se refería a un buque que había naufragado, pero nada más. Después de haber consultado en vano al más sabio de los asistentes, volvieron a meter el papel en la botella, y colocaron a ésta en el armario de una vasta habitación de una casa grande.

Cada vez que llegaba un extranjero, le enseñaban el papel, pero ninguno entendía el idioma en que el escrito estaba redactado. A fuerza de pasar de mano en mano, las letras, que estaban hechas con lápiz, se borraron, se hicieron cada vez más ilegibles y acabaron por desaparecer completamente.

Tras de un año de permanencia en el armario, la botella fué subida al granero, donde el polvo y las telarañas la cubrieron en breve. Rememoraba con amargura los días felices en que escanciaba el exquisito vino, allá, bajo las frescas frondosidades del bosque, y luego las horas en que se mecía sobre las ondas, portadora de un trágico secreto, de un postrero adiós.

Pasó veinte años enteros consumiéndose en la soledad del granero, y habría podido pasar allí un siglo, si no hubiesen derribado la casa para reedificarla. Cuando quitaron el tejado, la notaron y parecieron recordar quién era ; pero seguía sin entender una palabra de lo que se decía. «Si me hubiesen dejado abajo, pensaba, habría acabado por entender la lengua del país ; aquí arriba,

sola con las ratas y los ratones, no he podido instruirme.»

La lavaron con esmero, siete veces, y no era mucho. En fin, se sintió de nuevo limpia y transparente, y renació en ella su antigua alegría. En cuanto al papel que hasta entonces había conservado fielmente, desapareció en la legía.

La llenaron con semillas de las plantas del Sud que expidieron al Norte; bien tapada, lacrada y envuelta, la colocaron en un rincón oscuro de un buque, donde no vió la luz durante toda la travesía. «De este modo, se decía, ¿qué fruto sacaré de mi viaje?»

Pero no era el punto esencial, había que llegar a su destino y esto por fin se efectuó.

—¡Dios mío!—dijeron al sacarla—, ¡qué trabajo se han tomado para envolver esta botella! Y con seguridad que estará rota.

Nada de eso, estaba intacta. Y, por añadidura, comprendía todas las palabras que se pronunciaban: era el mismo idioma que habían hablado delante de ella en el horno, en casa del tabernero, en el bosque, en el primer buque, el único lenguaje que sabía. Había regresado, pues, a su patria. Fué tanta su alegría que por poco se resbala de manos del que la tenía, y en su emoción, apenas se dió cuenta de que la vaciaban de las semillas.

Cuando recobró su serenidad se encontró en el fondo de una bodega, donde permaneció olvidada durante años.

—Bueno—se decía para consolarse—; ¿en dónde se puede estar mejor que en su propia patria, aunque sea en un sótano húmedo y oscuro?

Un día el propietario se mudó de casa, llevándose todas sus botellas. Se había enriquecido e iba a habitar un palacio. Dió una gran fiesta; por la noche se colgaron en los árboles del parque farolillos de color que parecían linternas inflamadas. La noche era magnífica; relucían las

estrellas en torno de la luna nueva, que aparecía como una gran bola gris con cortes dorados.

Esto daba realce a la iluminación que se extendía hasta los extremos más lejanos del parque, iluminándolo como si fuese de día.

En los sitios más apartados, suplieron la falta de farolillos con botellas con velas de sebo ; la botella que nosotros conocemos figuraba entre ellas. Estaba encantada ; al fin volvía a ver la verdura, a oír alegre música, cantos de fiesta. Verdad es que estaba en un rincón, pero, ¿no se encontraba allí mejor que entre el bullicio? Podía saborear más a gusto su felicidad, y tan llena estaba de ella, que olvidó los veinte años de consunción que pasara en el granero y todas sus demás aventuras.

Vió pasar a su lado dos novios que no se ocupaban en la fiesta, y en esto se les reconocía ; con su presencia le hicieron recordar a la botella, al joven capitán y a la linda hija del manguitero y toda la escena del bosque.

El parque había sido abierto al público, y la afluencia de curiosos para contemplar las maravillas de la fiesta era muy grande. Entre ellos iba sola una mujer soltera y anciana. Al ver a los novios pensó en otros tiempos, recordó la escena del bosque en que la botella acababa de pensar. Había figurado en ella, era la hija del manguitero. Aquellos momentos habían sido los más felices de su vida, unas horas inolvidables. Pasó al lado de la botella sin reconocerla aunque no hubiese cambiado ; la botella tampoco reconoció a la hija del manguitero, pues nada la quedaba hoy de su belleza de otro tiempo. Así sucede a menudo en la vida ; se pasa al lado de algún amigo sin saberlo ; pero que debía volverse a encontrar.

Al terminar la fiesta, la botella fué robada por un pilluelo, que la vendió en un chelín con el que se compró un dulce. Pasó a poder de un tabernero que la llenó de

buen vino. No permaneció tranquila mucho tiempo ; fué vendida a un aeronauta que debía subir en globo el domingo siguiente.

Llegó el día ; se había reunido numeroso público para contemplar el espectáculo, muy nuevo aún en aquel entonces ; una banda militar ejecutaba escogidas piezas y las autoridades ocupaban una tribuna.

La botella lo veía todo por los intersticios de un cesto en que se encontraba en compañía de un conejo vivo, atolondrado ya, sabiendo que, como la primera vez, lo dejarían bajar en un paracaídas para divertir a la gente. Pero la botella ignoraba lo que iba a suceder y miraba con curiosidad el globo inflarse cada vez más, y agitarse con violencia, hasta que cortaron los cables que le sujetaban. Entonces, de un violentísimo empuje, se lanzó al espacio, llevándose al aeronauta, al cesto, al conejo y a la botella. Los acordes de una marcha militar se confundieron con los frenéticos ; hurras ! del gentío.

— ¡ Vaya un modo singular de viajar !— se dijo la botella— ; sin embargo, tiene la ventaja de que en medio de la atmósfera no hay que temer choque alguno, punto esencial para mí.

Miles de personas seguían con la cabeza levantada la dirección del globo, y entre otras la solterona. Estaba asomada a la ventana de su buhardilla, de donde colgaba la jaula de un canario que tenía por bebedero un platillo rajado. Al inclinarse hacia adelante hizo a un lado una maceta de mirto, único adorno de la ventana y de todo el cuarto. Vió todo el espectáculo, al aeronauta que colocó el conejo en el paracaídas y lo dejó caer ; luego se escanció buenos vasos de vino para beberlos a la salud de los espectadores, y por último tiró la botella sin reflexionar que podría abrir un honrado cráneo.

La botella no pudo tampoco reflexionar en el honor que era para ella dominar así la ciudad, sus campana-

rios y el gentío apiñado. Empezó a bajar, dando volteretas; esta carrera descendente en plena libertad le parecía el colmo de la felicidad; ¡qué ufana estaba de ver los gemelos y anteojos apuntados sobre ella! Pero, de pronto, ¡patapúm! cae sobre un tejado y se divide en dos; los pedazos ruedan y van a parar al patio, donde estruendosamente se hacen añicos, excepto el cuello, cortado tan bien como si lo hubiesen hecho con un diamante.

Los inquilinos del piso bajo salieron al ruido y tomaron el cuello de la botella.

—Podría servir de bebedero para un pájaro—dijeron.

Pero, como no tenían ni jaula, ni siquiera un gorrión, pensaron que no debían comprar un pájaro porque tenían un bebedero. Acordáronse de la anciana que habitaba en la buhardilla; tal vez le serviría el cuello de la botella.

La anciana lo aceptó agradecida, le puso un corcho y boca arriba fué atado a la jaula y lleno de agua; el canario, que ahora podía beber más cómodamente, entonó los más melódicos trinos.

Muy contento quedó el cuello de esta acogida que, según pensaba, tenía muy merecida por sus famosas aventuras; había estado muy por encima de las nubes. Así es que, cuando algunos días después, la anciana recibió la visita de una antigua amiga, quedó ingratamente sorprendido de que no hablasen de él, sino del mirto que estaba delante de la ventana.

—No—decía la solterona—, no tienes que gastar un peso para la corona de casamiento de tu hija. Yo te daré una magnífica. Mira qué hermoso y florido está mi mirto. Procede de una rama que me diste el día siguiente de mis desposorios, y debía, un año después, darme una corona para mis bodas. ¡Ese día no llegó nunca! Los ojos que debían iluminar mi vida se ce-

rraron sin que yo volviese a verlos. El amigo de mis primeros años duerme en el fondo del mar. El mirto envejeció, yo también envejecí, y cuando empezó a secarse, planté en otra maceta la última rama verde. Ha crecido con lozanía, ya lo ves. Tu mirto habrá servido para corona de una casada, y ésa será tu hija.

La anciana tenía los ojos llenos de lágrimas al evocar estos recuerdos; habló del joven capitán, de la merienda en el bosque; muchas ideas brotaron en su mente, pero no que tenía en su ventana un testigo de su dicha pasada, el cuello de la botella que contenía el vino que sirvió para brindar por su boda próxima.

El cuello no la reconoció tampoco; no había escuchado siquiera desde que notó que no se extasiaban sobre sus pasmosas aventuras y su reciente caída desde lo alto de las nubes.

LA MALA CONDUCTA

El burgomaestre, vestido elegantemente, con finísima camisa bordada y chorrera de encaje, en la que relucía un diamante, estaba asomado a su ventana. Acababa de afeitarse, y como se había hecho una cortadura, se había pegado un pedacito de papel recortado en un diario.

—Oye, muchacho—exclamó.

El muchacho que pasaba era el hijo de la pobre lavandera. Al ver al burgomaestre se había sacado respetuosamente la gorra y doblado en dos la visera para poder metérsela en el bolsillo. El niño se detuvo con humilde deferencia, como si se encontrase delante del rey. Su traje era pobre, pero muy limpio, cosido y remendado con esmero. Llevaba buenos y calientes zuecos.

—Eres un buen chico—dijo el burgomaestre—, me gusta tu urbanidad. De seguro que tu madre está lavando a orillas del río, y, sin duda, le llevas lo que sale de tu bolsillo. Está muy mal hecho lo que hace tu madre. ¿Cuánto llevas ahí?

—Media medida—replicó el chico asustado y con voz sofocada.

—Y esta mañana ha tomado otro tanto—dijo el digno hombre.

—No, señor, fué ayer—objetó el muchacho.

—Dos medios hacen un entero. Ciertamente, es muy mala su conducta. Es triste y debería avergonzarse. Y tú procura no volverte un borracho; pero lo se-



rás, es inevitable. ¡Pobre niño! En fin, anda con Dios.

El niño se marchó. Estaba tan conmovido que siguió con la gorra en la mano y el viento jugueteaba con sus largos cabellos rubios.

Al llegar a la esquina tomó la callejuela que bajaba al río. Su madre estaba allí, arrodillada y batiendo con una pala la ropa que lavaba. La corriente era fuerte, pues estaban abiertas las presas del molino. El agua arrastraba las sábanas y amenazaba derribar el banco en que estaba la lavandera, que debía sostenerse con toda la fuerza de sus piernas.

—He estado a punto de que me arrastrase la corriente—dijo a su hijo—. Me alegro de que hayas venido, pues necesito reanimarme un poco. Hace frío en el agua y estoy en ella hace ya seis horas. ¿Traes algo para mí?

El niño le entregó la botella; la madre se la llevó a los labios y se echó un trago.

—¡Qué bien sienta esto!—dijo.—¡Cómo calienta! Un sorbo hace tanto provecho como una taza de caldo y cuesta mucho menos. Bebe un poco, hijo mío. Estás pálido; te hielas sin duda con ese traje tan fino, que parece una telaraña y ya estamos en otoño. ¡Ay! ¡qué fría está el agua! Con tal que no caiga enferma. Pero, ¡bah! no ocurrirá eso. Dame que beba otro sorbo. Bebe tú también, pero una gota, no conviene que te acostumbres, pichón.

Y retirándose de su banco, salió a tierra. El agua goteaba de su vestido y del delantal de estera que tenía atado a la cintura.

—Trabajo mucho y sufro—replicó—, hasta el punto que la sangre brota casi debajo de mis uñas, pero es para educarte honradamente, y no me pesa, hijo mío.

En este momento llegó una mujer de alguna más edad que ella, pobremente vestida. Tenía una pierna medio paralizada y un ojo huero, que trataba de disimular con un gran rizo de sus cabellos, pero este disimulo servía para hacerle ver mejor. Era una amiga de la lavandera, a la que los vecinos apodaban «Marta, la coja del rizo».

—Da lástima—dijo—verte metida así en el agua helada. Con seguridad tienes necesidad de reanimarte, y sin embargo, las malas lenguas te echan en cara lo poco que bebes.

Y repitió el discurso que, al pasar, había oído al burgoestregador, condoliéndose de que hubiese hablado al niño en tales términos contra su madre.—Ese hombre severo que hace un crimen de algunas gotas de aguardiente, tomadas para sostenerse en un trabajo penoso, ofrece hoy mismo un gran banquete con toda clase de vinos exquisitos y licores finos. Dos o tres botellas por

convidado. Mucho más de lo que se necesita para calmar su sed. Pero parece que a eso no le llaman beber; son personas decentes; en cuanto a ti, dice que tu conducta es deplorable.

—¡Ah! ¿te ha hablado, hijo mío?—dijo la lavandera; y sus labios temblaban de dolorosa emoción.—Tienes una madre que observa mala conducta... Quizá tenga razón, pero no debía habérselo dicho al niño. Muchas penas he tenido ya a causa de esa casa.

—En otro tiempo sirvió usted en ella—replicó Marta,—cuando vivían los padres del burgomaestre. Desde entonces han comido mucha sal, como dice el refrán, y es justo que tengan sed. La verdad es—prosiguió Marta, riéndose de su chiste—, que el burgomaestre había convidado a mucha gente. A última hora hubiera deseado suspender su comida, pero ya era tarde, pues todo se había comprado y preparado. Esto lo he sabido por un criado; hace un momento que ha recibido una carta anunciando que su hermano ha muerto en Copenhague.

—¡Muerto!—exclamó la lavandera, y su rostro se cubrió de una palidez cadavérica.

—Sí; pero, ¿por qué le causa a usted tanta emoción la noticia? ¡Ah! ya caigo, es que lo conoció cuando servía en la casa.

—¡Conque muerto! ¡Tenía una alma tan noble! Era la bondad y la generosidad en persona. Entre los de su clase no hay muchos como él.

Y la lavandera prorrumpió en llanto.

—¡Ay, Dios mío!—replicó—, todo da vueltas en torno mío. ¿Es acaso porque he vaciado la botella? Indudablemente he bebido demasiado. Me siento indispuesta.

—¡Jesús nos asista!—exclamó Marta,—verdaderamente está usted enferma. Haga por que pase eso. Va-



El niño le entregó la botella ; la madre se la llevó a los labios y se echó un trago. (Pág. 31.)

mos, ¡valor!... Pero no, no; está usted enferma. Lo mejor es que la acompañe a su casa.

—¿Y esa ropa?

—Yo me encargo de ella. Vamos, venga el brazo. Su hijo se quedará aquí y tendrá cuidado con la ropa. Volveré en seguida y lavaré la que queda; poca cosa es.

La pobre lavandera se tambaleaba sobre sus piernas.

—He estado demasiado tiempo en el agua fría— dijo—. Desde esta mañana no he probado bocado. Se me ha metido en el cuerpo la fiebre. Dios mío, soco-



redme, para que pueda volver a casa. ¡Pobre hijo mío!

Lloraba a lágrima viva. El niño lloró también, cuando se quedó solo a orillas del río al cuidado de la ropa. Las dos mujeres caminaban lentamente. La lavandera se arrastraba por la calle, vacilando. Al llegar

delante de la casa del burgomaestre, cayó a tierra. Los transeuntes se reunieron a su alrededor y Marta fué a casa de su amiga a pedir auxilio.

El burgomaestre y sus convidados se asomaron a la ventana.

—¡ Ah! es la lavandera—dijo el anfitrión ;—habrá levantado el codo algo más de lo que puede soportar. Tiene mala conducta. Es de lamentar por su hijo, un niño que quiero mucho... Pero la madre es una desgraciada.

La pobre mujer se recobró ; la llevaron a su miserable cuartito y la acostaron. Marta le preparó un brebaje de cerveza caliente con manteca y azúcar. Según ella, aquello era una panacea. Luego volvió al río, enjuagó muy mal y de prisa la ropa ; no hizo más, por decirlo una vez más, que sacarla del agua y meterla en el cesto ; pero su intención era buena y sólo las fuerzas no le ayudaban.

Al anoecer estaba sentada junto a la cama de la lavandera en el pobre cuarto. La cocinera del burgomaestre le había dado para la enferma unas cuantas patatas asadas y un buen pedazo de jamón. Marta y el niño se regalaron con ello. La enferma aspiraba el olor que, a su decir, la reanimaba.

Marta acostó al niño a los pies de su madre atravesado en la cama y lo cubrió con un tapete viejo. La lavandera había mejorado. El olor de aquellos manjares delicados habíala sentido bien y la cerveza caliente la había reanimado.

—Eres una buena amiga, Marta—le dijo.—¿Cómo darte las gracias? Te contaré todo el pasado, cuando el niño esté dormido. ¡ Mira con cuánta dulzura e inocencia descansa con los ojos cerrados! Ignora cuánto ha sufrido su madre, y ¡ haga Dios que nunca lo sepa!

Como usted sabe, servía en casa del consejero del

tribunal, padre del burgomaestre. Un día el hijo más joven, que estudiaba en Copenhague, volvió a la casa. Yo era joven y tan bella como honrada, él de buen humor, buen muchacho, sin una gota de sangre en las venas que no fuese honor e hidalguía. El era amo de la casa, yo la criada, pero esto no impidió que nos amáramos con todas veras y la más perfecta honestidad. Habló de nuestro amor a su madre, que escuchaba como una profetisa, y era en efecto una madre tierna y sensata. Regresó a Copenhague y me puso al dedo un anillo de oro. Apenas se había ausentado, mi ama me llamó, estaba seria, pero afectuosa; sus palabras me parecían descender del Cielo. Se esforzó en hacerme comprender toda la distancia que mediaba entre él y yo.--Hoy—me dijo—, no ve más que tu belleza, pero la belleza la marchita el tiempo; no has recibido la misma educación que él, y no son ustedes, por lo tanto, iguales bajo ese punto de vista, y es una desgracia. Estimo y honro a los pobres, y a los ojos de Dios muchos de ellos ocupan un lugar más preferente que el de los ricos. Pero, en este mundo, hay que seguir el recto sendero. Tengan cuidado los dos de dejarse llevar por un capricho y preparar su desgracia creyendo asegurar la ventura de ambos. Sé que un buen menestral ha pedido tu mano, hablo de Enrique, el guantero. Es viudo, pero sin hijos, y está en buena posición. Reflexiona detenidamente sobre lo que te digo.

Cada palabra de mi ama me atravesaba el alma como un cuchillo de acero; tenía razón, y esto me consolaba y entristecía mi alma.

La besé la mano bañándosela de amargas lágrimas, y lloré toda la noche, sentada en mi cama. Noche espantosa fué aquélla. Sólo Dios sabe cuánto fué mi sufrimiento y cuán terrible mi lucha.

El domingo siguiente recibí la sagrada comunión

para que el Señor alumbrase mi espíritu. Fué como una idea del Cielo. Al salir de la iglesia, encontré a Enrique delante de mí. Entonces no quedó duda en mi alma : nos conveníamos muy bien ; nuestra condición social era la misma y poseía una modesta fortuna. Me acerqué a él y, presentándole una mano, le dije :

—¿Piensas aún en mí?

—Sí—repuso—, siempre y para siempre.

—¿Quieres casarte con una joven que te aprecia, pero que no te ama? El amor puede llegar un día.

— No dudo que llegará — replicó—. Y nos juramos fidelidad.

De vuelta en mi casa, saqué de mi baúl la sortija, pues para que nadie la viese me la ponía de noche cuando estaba en mi cuarto. Derramé copiosas lágrimas sobre la joya, la besé y fui

a dársela a mi ama anunciándola la decisión que acababa de tomar. Me besó y me estrechó contra su corazón. No dijo «que tenía mala conducta».



Sin duda era entonces mejor que hoy, aunque aún no había sufrido la desgracia.

Nuestro enlace se verificó por la Candelaria. El primer año todo fué bien. Teníamos un obrero y un aprendiz. Tú servías en aquel tiempo en casa.

—¡ Oh !—dijo ésta—. Fué usted para mí una buena ama ; nunca olvidaré el bien que entonces me hicieron.

—Sí, fueron felices los años aquellos en que estuviste en casa. Aun no teníamos un hijo. El joven estudiante y yo no nos volvimos a ver, o mejor dicho, yo le vi, pero no él a mí. Había vuelto para el entierro de su madre ; estaba tan pálido como un difunto y sumido en un profundo dolor ; pero lloraba a su madre.

Luego que murió su padre, viajaba por el extranjero y estaba muy lejos. No volvió aquí nunca más. Sé que permaneció soltero y me olvidó. Aunque me hubiese encontrado no me habría reconocido ; tan horrible me había vuelto. Pero esto no es un mal.

La lavandera habló después de sus días de desgracia y contó cómo el infortunio la había acosado con una especie de furor.

—Poseíamos—añadió,—un capitalito de quinientos escudos. En la calle Mayor había en venta una casa antigua, por la que pedían doscientos. La compramos para construir una nueva. El albañil y el carpintero le pedían mil veinte escudos. Enrique tenía crédito ; tomó la suma prestada a un banquero de Copenhague, y el buque en que venía el dinero naufragó. En aquellos días nació el niño que tranquilamente duerme ahí, y al mismo tiempo mi marido cayó postrado en cama con una larga y grave enfermedad. Por espacio de nueve meses tuve que vestirle y desnudarle, tan pocas fuerzas tenía. Nuestros negocios iban cada vez peor. Contrajimos deudas, y nuestros muebles fueron desapareciendo. Por último, Enrique murió. Había luchado y traba-

jado por el niño. Seguí haciéndolo; acepté cualquier trabajo, barrí las calles, lavé la ropa. Pero la desgracia no se ha cansado de perseguirme. Es la voluntad de Dios; estoy segura de que acabará por llevarme a su lado y de que no abandonará a mi hijo.

Y se durmió.

Al otro día se sintió muy mejorada. Creyó que sus fuerzas habían vuelto y se fué a trabajar. Apenas había entrado en el agua sintió un escalofrío y una debilidad. Extendió la mano convulsivamente para asirse, pero no agarró nada. Exhaló un grito y cayó, con la cabeza en la orilla y los pies en el agua; la corriente arrastró sus zuecos llenos de paja. Así la encontró Marta cuando fué a llevarla una taza de café.

Entretanto, el burgomaestre había mandado a llamarla apresuradamente; tenía que comunicarle un asunto muy importante. ¡Era demasiado tarde! Marta había ido a buscar al barbero para sangrarla. ¡Ya no era tiempo!... La pobre lavandera había muerto.

—El aguardiente ha acabado con ella—dijo el burgomaestre.

La noticia que éste tenía que comunicarla era la siguiente. En la carta que le anunciaba la muerte de su hermano había un extracto de su testamento. Legaba seiscientos escudos a la viuda del guantero que había sido sirvienta en otros tiempos en casa de sus padres; este dinero debía ser entregado a ella o a su hijo.

—Sí, me acuerdo—pensó el burgomaestre—; hubo ciertos amores entre ella y mi hermano, quisieron casarse, mejor es que haya muerto, de este modo lo tendrá todo el muchacho. Lo colocaré en una buena casa y podrá salir un obrero honrado.

Y en efecto, Dios quiso que se realizasen estas palabras.

El burgomaestre llamó al niño, le prometió hacerse cargo de él y añadió que no debía desconsolarse. La madre que había perdido, tenía muy mala conducta.

La lavandera fué enterrada en el cementerio de los pobres. Marta derramó arena sobre la tumba y plantó un rosal. El niño estaba a su lado v preguntaba sollozando :



—¡ Mi buena madre! ¿Es verdad que tenía mala conducta?

—Era la virtud misma—dijo la anciana mirando al Cielo como para tomarlo por testigo—. Hacía muchos años que lo sabía, pero no tan bien como lo comprendí anoche. Te lo juro, era un alma toda bondad y honradez, y Dios lo proclama allá arriba. Desprecia, pues, a los que digan que tenía mala conducta, y venera siempre su memoria.

BIEN HECHO ESTÁ LO QUE HACE EL VIEJO

Hay cuentos que, como el vino, se mejoran con el transcurrir de los años. El tiempo, pues, no ha quitado su sabor a un cuento viejísimo que ustedes habrán oído contar.

Seguramente, ustedes habrán estado alguna vez en el campo, y habrán visto acá y acullá casas de aldeanos con techos de heno sobre los que figura el inevitable nido de la cigüeña. Las paredes se inclinan a derecha e izquierda; sólo hay dos o tres ventanas bajas y una sola puede abrirse. El horno sobresale de la pared como vientre hinchado. Un saúco se mece encima del cerco y a sus pies se ve un estanque lleno de patos. Un perro atado ladra a todos los transeuntes.

En una de esas moradas rústicas habitaban dos ancianos: un aldeano y una aldeana. No poseían casi nada, y conservaban, sin embargo, una cosa que para nada les servía: era un caballo que se alimentaba comiendo la hierba de los prados. Cuando el aldeano iba a la ciudad se subía en el caballo; los vecinos se lo pedían prestado frecuentemente y en pago le prestaban algunos servicios. Pensaba, pues, que lo más prudente sería deshacerse de él, venderle o cambiarle contra un objeto más útil. Pero, ¿el qué?

—Nadie mejor que tú puede saberlo—le dijo la anciana.—Hoy, hay feria en la ciudad. Vete con el caballo, lo venderás por lo que puedas o lo cambias. Lo que hagas estará bien hecho; conquese así, ¡en marcha!

Le puso al cuello un pañuelo, que sabía atar me-

¡jor que él, y le hizo un lazo muy bonito. Cepilló su sombrero, se lo puso y le dió un beso. El subió en el caballo y se fué a realizar una venta o un cambio.

—Sí, el viejo sabe lo que hace—se dijo—; hará el negocio tan bien como pueda hacerse.

El sol abrasaba, no había una nube en el cielo. El viento levantaba remolinos de polvo en la carretera llena de gente que se dirigía a la ciudad en carruaje, a caballo, o a pie. Todos se quejaban del calor y no se divisaba mesón alguno.

Entre la gente iba un hombre que llevaba una vaca al mercado. Era todo lo hermosa que podía serlo una vaca.

—¡Qué buena leche debe dar!—se dijo el viejo—. Buen cambio sería esa vaca contra mi caballo. ¡Eh, el hombre de la vaca! ¿quieres aceptar un trato? Sé muy bien que un caballo vale más que una vaca, pero



me es indiferente ; una vaca me dará más provecho. ¿Quieres cambiar tu vaca contra mi caballo?

—¡ Ya lo creo !—respondió el hombre, y cambiaron sus animales.

Estaba terminado el negocio que le había hecho salir de la aldea, y el viejo habría podido volverse a su casa ; pero, como se solazaba con la idea de ver la feria, resolvió ir, a pesar de todo, y se encaminó hacia la ciudad con su vaca. Como caminaba a buen paso, no tardó en alcanzar a un individuo que conducía un carnero, un carnero como se ven pocos, con una lana magnífica.

—¡ Qué me gustaría poseer ese hermoso animal !—se dijo el viejo—. Un carnero encontraría suficiente hierba a lo largo de nuestro cercado, y no había que ir lejos a buscarle el alimento. En el invierno lo guardaríamos en el cuarto, y sería una distracción para mi anciana compañera. Ese carnero nos convendría más que una vaca. ¡ Eh, amigo !—dijo al amo del carnero—, ¿quieres cambiar?

El otro no se lo hizo repetir. Se apresuró a llevarse la vaca y dejó el carnero. El viejo aldeano continuó su camino con el carnero. Al torcer de una senda topó con un hombre que llevaba debajo del brazo un ánade viva, un ánade como raramente se ve.

—Llevas buena carga — dijo al recién llegado— ; es un animal magnífico ; ¡ qué gordo está ! — Y se dijo para sus adentros : — Si la tuviésemos en casa apuesto que mi mujer la haría engordar más. Se la darían todos los desperdicios. ¡ Qué tamaño tendría entonces ! Recuerdo que mi mujer me ha dicho muchas veces : ¡ Ah ! si tuviésemos un ánade, estaría muy bien entre nuestros patos. Ahora hay medio de tener una, y una que vale por dos. Probemos.—Dime, compañero —añadió en alta voz—, ¿quieres cambiar conmigo? Te

doy el carnero por el ánade. Yo no deseo otra cosa y te quedaré además agradecido.

El otro no se hizo rogar y el viejo quedó posesor del ánade. Estaba muy cerca de la ciudad. El gentío aumentaba. Hombres y animales se apretaban en la carretera. El portazgo era un verdadero entrevero.

El empleado del portazgo tenía una gallina ponedora, y al ver tanta gente la había atado por una pata para que no se escabulliese o se la quitasen. Estaba encaramada sobre una caja y decía: «gluc, gluc», meneando la cola y guiñando los ojos como un animal rualicioso. ¿Pensaba en algo? No es fácil saberlo, pero el anciano se echó a reír apenas la vió.

—¡ En mi vida he visto gallina más hermosa!—se dijo;—es más hermosa que la del señor cura. ¡ Y qué aire tan picaresco tiene! ¡ Es imposible mirarla sin reventar de risa! Me gustaría poseerla. Una gallina es el animal más cómodo de criar; no hay que ocuparse en ella, pues ella misma se busca su alimento. Creo que si pudiese cambiarla por el ánade haría un buen negocio. ¿Le gustaría a usted el cambio? — dijo al empleado, enseñándole el ánade.

—¡ Cambiar!—respondió éste—, con mucho gusto.

El empleado se quedó con el ánade y el viejo se llevó la gallina. Había trabajado mucho durante el camino, y estaba cansado y sediento. Tenía necesidad de comer y de beber y entró en el mesón, en el momento que el mozo salía con un saco al hombro.

—¿Qué llevas ahí?—le preguntó el aldeano.

—Un saco de manzanas maduras que voy a dar a los cerdos.

—¡ Cómo! ¿manzanas maduras a los cerdos? Es una prodigalidad insensata. Mi querida mujer hace mucho caso de esas manzanas. ¡ Cuánto se alegraría de tener ese saco! El año pasado nuestro manzano, que está

cerca de la cuadra, no dió más que una fruta; se guardó en el armario hasta que se pudrió. «Así siempre podemos decir que tenemos manzanas», decía mi mujer. ¿Qué diría si poseyese este saco? Desearía darle esa alegría.

—Bueno, ¿qué daría usted por el saco?—preguntó el mozo.

—Daré esta gallina. ¿No es suficiente?

Cambiaron en el acto y el anciano penetró en la cocina y colocó su saco junto a la chimenea, y se fué a beber. El viejo no reparó en el buen fuego que había en la chimenea.

El mesón estaba lleno de chalanes, traficantes, va-



queros y dos viajeros ingleses. Estos ingleses eran tan ricos que sus bolsillos parecían inflados de oro. Y ¡se morían por hacer apuestas!

—«Ss, ss». ¿Qué ruido mete la chimenea?

Eran las manzanas que comenzaban a asarse.

—¿Qué es eso?—preguntó uno de los ingleses.

—¡Ay! «mis pobres manzanas»—dijo el anciano, y contó al inglés la historia del caballo y los cambios que había hecho, desde la vaca a las manzanas.

—Pues bonito recibimiento te hará tu mujer cuando llegues. ¡Vamos a tener sermón!

—¡Qué sermón! — dijo el aldeano—, me dará un abrazo y dirá: Bien hecho está lo que hace el viejo.

—¿Qué apuestas a que te equivocas?—dijeron los ingleses—. Apostamos el oro que quieras, cien libras, un quintal.

—Basta con un celemín. Por mi parte no puedo apostar más que el saco de manzanas y a mi mujer y a mí mismo. Es una buena medida, ¿qué les parece?

—Aceptado—dijeron, y se cerró el trato.

Se preparó el carruaje del mesonero y se pusieron en marcha los ingleses con el viejo. Al poco rato se detuvieron delante de la casita rústica.

—Buenas tardes, viejecita mía.

—Buenas tardes, buen viejo.

—He hecho el cambio.

—¡Ah! eres muy entendido en los negocios—respondió la buena mujer y le abrazó, sin reparar ni en el saco, ni en los extranjeros.

—Cambié el caballo por una vaca—dijo el viejo.

—¡Bendito sea Dios! Vamos a tener buena leche, buena manteca y buen queso. Es un cambio magnífico.

—Sí, pero luego cambié la vaca por un carnero.

—En efecto, es mejor. Tenemos bastante hierba para alimentarle. Así podré hacer medias y sayos de lana que limpiaré e hilaré yo misma. Con seguridad no habríamos tenido eso con la vaca. ¡Cómo piensas en todo!

—No he acabado aún, esposa; el carnero le cambié por un ánade.

—¡ Ah ! Mejor que mejor ; tendremos para Navidad una hermosa ánade asada. Siempre piensas, mi buen viejo, en lo que más puede complacerme. ¡ Muy bien hecho ! De aquí a Navidad tendremos tiempo de engordarla.

—El caso es que no tengo ya el ánade, la cambié por una gallina.

—Una gallina tiene su valor ; una gallina pone huevos, los empolla y salen pollitos que crecen y forman pronto un corral. Un corral es lo que más he deseado toda mi vida.

—No lo he dicho aún todo, mi buena esposa. He cambiado la gallina por un saco de manzanas pasadas.

—¡ Cómo ! ¿ Es posible ? Ahora sí que tengo que abrazarte. Oye lo que me ha sucedido. Apenas te fuiste esta mañana me puse a pensar qué guisado podría hacerte para que lo encontrases preparado al volver. Huevos con tocino y cebollinos fué lo mejor que se me ocurrió. Tenía los huevos y el tocino, pero no los cebollinos. Voy entonces a casa del maestro de escuela que los cultiva, y me dirijo a su mujer ; ya sabes lo avara que es, con su aire bonachón. La suplico me preste algunos cebollinos. « ¡ Prestar !—dijo— ; en mi huerto no hay hierba, ni cebollinos, ni siquiera manzanas pasadas. ¿ De veras ? lo siento mucho, vecina. » Y me volví a casa ; mañana iré yo a ofrecerla manzanas pasadas, puesto que no tiene ; le daré todo el saco si quiere. ¡ Qué buena pulla y cómo se avergonzará ! Me regocijo sólo al pensarlo.

Echó sus brazos al cuello de su marido y le besó repetidas veces.

—Perfectamente—dijeron a una los dos ingleses—. La historia no ha alterado ni un minuto su buen humor. En verdad, eso vale crecida suma.

Y regalaron un quintal de oro al aldeano que su mujer había acogido sin enojarse, después de tan malos

cambios, y el anciano se encontró más rico que si hubiese vendido su caballo por diez veces, por treinta veces su valor.

Este es el cuento viejo que siempre me ha parecido muy profundo. Y ahora que lo saben, no lo olviden nunca.

«Bien hecho está lo que hace el viejo.»

EL NIÑO EN LA TUMBA

Luto y llanto habían substituído a la alegría y la dicha que reinaban en el feliz hogar. Acababa de morir un precioso niño de cuatro años, que era la esperanza y el regocijo de sus padres. Les quedaban dos hijas, buenas y encantadoras criaturas; pero el niño perdido es siempre el que más se quiere, y en esta casa era el más joven, el único varón.

Era un paso terriblemente cruel; las hermanas sufrían como sufren jóvenes y tiernos corazones: el desconsuelo de los padres aumentaba su dolor. El padre estaba agobiado, pero la más hondamente herida era la madre. De día y de noche permanecía a la cabecera del niño, cuidándole, acariciándole; había sentido hasta qué punto era parte de sí misma. No podía comprender que hubiese muerto, que fuese necesario enterrarlo en una fría tumba.

Había creído siempre que Dios no querría arrebatarse su tesoro. Cuando al fin la duda era imposible, cuando supo que había perdido aquel ser adorado, exclamó en la amargura de su alma:

—Dios no ha sabido nada; los servidores que tiene en la tierra carecen de corazón y obran a su capricho sin escuchar las preces de una madre.

Y en su aflicción su corazón se alejó de Dios y se sintió acosada por los más sombríos pensamientos.

—La muerte es eterna—se dijo—, una vez en la tierra, el hombre se convierte en polvo y todo ha acabado para siempre.

Y no encontraba ningún sostén en su infortunio,



Echó sus brazos al cuello de su marido y le besó
repetidas veces. (Pág. 46.)

ningún consuelo, y cayó en la postración de un profundo abatimiento.

No lloraba, no se acordaba de sus dos hijas que la rodeaban con amor. Su esposo gemía a su lado; ni le oía, ni le veía. Todo su ser estaba absorbido por la idea del niño muerto; recordaba sus gracias, sus monerías, creía oír su dulce vocecita, sus cómicas palabras de niño.

Llegó el día del entierro. Rendida por las vigiliass, por las angustias, la madre se había dormido un poco, al amanecer. Aprovecharon aquel momento para quitar prontamente el ataúd a cuyo lado reposaba y lo llevaron al cuarto más lejano para que no oyese los martillazos con que lo clavaban.

Cuando se hubo despertado, pidió ver a su hijo.

—Se ha cerrado el ataúd—respondió el padre—, era preciso.

—Habiendo sido Dios tan duro para conmigo, ¿cómo han de ser mejores los hombres?—exclamó rompiendo a sollozar.

El cadáver fué llevado al cementerio; la madre permaneció en la casa con las dos niñas. Sus miradas caían sobre ellas, pero no las veía. Continuaba absorta, sin ocuparse en nada, viviendo maquinalmente. Su espíritu flotaba sin descanso, como frágil barquilla abandonada a los impulsos del viento, a la fluctuación del oleaje.

Así pasó el día del entierro; los otros transcurrieron tan tristes y sombríos. Con las lágrimas en los ojos y el corazón oprimido, las niñas y el padre contemplaban a la pobre madre y trataban de decirla algunas palabras de consuelo, pero no los habría oído, y, además, ¿qué podían decirla?... ¿No eran ellos mismos profundamente desgraciados?

No podía conciliar el sueño, única cosa que hubiera podido procurarla algún reposo. Al fin la convencieron de que debía acostarse; se extendió en el lecho y per-

maneció inmóvil sin decir una palabra. Una noche su marido, después de haber escuchado bien su respiración, la creyó dormida, y dando gracias a Dios por el alivio que la había enviado, se fué a descansar, y en breve un profundo sueño calmó por algunas horas su dolor.



No oyó a su esposa que se levantó y vistió apresuradamente; salió de la casa y se dirigió hacia el punto al que de día y de noche convergían sus pensamientos: la tumba que cubría a su hijo. Atravesó el jardín y llegó al campo donde un sendero la condujo al cementerio. No encontró a nadie en su camino. Es verdad que no habría visto a los que hubiese podido encontrar. Sus ojos no veían más que los árboles del cementerio, en el fondo.

La noche era hermosa; el cielo estaba cuajado de estrellas; el aire era tibio, pues finaba el verano. Penetró en el cementerio y marchó en derechura hacia el lugar donde sabía que se encontraba la tumba; la seña-

laba una mata de flores olorosas. Se postró de hinojos y acercó su cabeza a la tumba como si hubiese querido atravesar la tierra con sus miradas para ver a su niño. Y, en efecto, con los ojos del alma le veía.

Le veía con su sonrisa de ángel, sus dulces miradas tiernas aún en el momento de la agonía, cuando ella le tomaba la manecita que ya no podía levantar. Se encontraba junto a su tumba como había estado a su cabecera. Sólo que aquí dejaba correr libremente las lágrimas que en la otra ocasión había contenido con heroico esfuerzo para no entristecer al enfermito.

—¿Quisieras ir al lado de tu hijo?

Así habló cerca de ella una voz grave, pero profunda, clara y acentuada que resonó en el fondo de su corazón. Se levantó sobresaltada y se encontró frente a un hombre envuelto en un manto negro con un capuz sobre la cara; severo era su rostro, pero inspiraba confianza; sus ojos tenían el brillo de la juventud.

—¡Ir al lado de mi hijo!—exclamó con voz suplicante—. ¡Oh! quienquiera que seas, si puedes llevarme adonde está, te seguiré sin vacilar.

—Piénsalo bien—respondió—; soy la muerte. ¿Quieres seguirme?

Para que la contestación fuese más rápida hizo una señal afirmativa con la cabeza. Sintió que el suelo se hundía lentamente bajo sus plantas; el hombre negro la cubrió con su manto y se vió envuelta en una completa obscuridad. Penetró en la tierra mucho más abajo de lo que cava el azadón del sepulturero.

Quitáronle el manto y se encontró en una sala de imponente aspecto. La iluminaba un dulce resplandor crepuscular. De repente vió entre sus brazos, apretado contra su corazón, al hijo adorado que la sonreía y tenía nueva belleza. Lanzó un grito de alegría, que apagaron los acordes de una deliciosa música celeste, ora

acercándose, ora alejándose por grados. No había oído nunca sonidos semejantes; calmaban todo dolor: salían de detrás de una tupida cortina que separaba la sala del espacio infinito.

—¡Madre mía dulce y amada!—dijo el niño.

Era la idolatrada voz de su hijo; le devoró a besos, penetrada de un inmenso júbilo.

El niño señaló la cortina y dijo:

—Detrás de ese velo, la belleza es mayor que en la tierra. ¿Ves, madre, a mis lindos compañeros? ¡Oh!... ¡Somos muy dichosos!

Pero la madre no vio más que una noche sombría, pues veía con ojos humanos.

—Ahora sé volar por los aires—replicó el niño—; volar hacia Dios con los otros niños, mis felices camaradas. ¿Quieres que vaya a unirme con ellos? ¡Ahora lloras! Déjame volver a su lado. Pronto vendrás a unirme conmigo para siempre.

—¡No te vayas, no!—exclamó—. Espera un momento, para que de nuevo te estreche en mis brazos.

Y le oprimió contra su corazón y le besó convulsivamente.

Pero en aquel instante desde lo alto de la bóveda resonó su nombre pronunciado por una voz angustiada.

—¿Oyes?—dijo el niño—. Te llama papá.

A los pocos minutos resonaron otras voces plañideras, confundidas con sollozos de niño.

—Son mis hermanitas—dijo el niño—. Madre, ¡no las olvides!

Entonces la madre se acordó de los que la quedaban, y la angustia la embargó. Levantó los ojos hacia la bóveda y vio una infinidad de seres aéreos revoloteando hacia el velo detrás del cual desaparecían. Entre ellos creyó reconocer a varias personas que había conocido en la tierra. ¡Iban a pasar también sus hijas, su

marido, para trasladarse a la mansión eterna? No, sus voces, sus sollozos, venían de allende la bóveda.

—Madre — dijo el niño—, tocan las campanas del Cielo. El sol abandona su lecho.

Y se sintió deslumbrada por un destello de luz sobrenatural. Cuando al fin pudo abrir de nuevo los ojos, el niño había desaparecido; se sintió elevarse en el aire. Hacía frío; miró en su derredor y se encontró en el cementerio, junto a la tumba. Había tenido un sueño, una visión; Dios había iluminado su espíritu, fortificado su corazón. Se prosternó de rodillas y oró.

—Señor, perdónadme, por haber querido retener aquí en la tierra un alma celeste, y haber olvidado mis deberes para los que, en tu infinita bondad, has dejado a mi lado.

La visión y la plegaria habían aliviado su corazón. El sol acababa de levantarse, los pajarillos entonaban sus cantos, las campanas de la iglesia tocaban el oficio matutino. La hora era solemne. Calmáronse sus sufrimientos.



Regresó apresuradamente a su casa ; su marido dormía todavía, y le besó en la frente. Se despertó y ella fué entonces la que dijo a los demás palabras de consuelo.

—Nuestro destino está en las manos del Señor—dijo—. ¡Hágase su voluntad!

Y besaba a su esposo, abrazaba a sus hijas, que la miraban gozosas, pero sorprendidas de tan repentino cambio.

Y la madre, de pie, con la frente erguida, y con inspirado acento, les dijo :

—Dios me ha infundido valor y resignación por medio del niño que reposa en la tumbá.

EL COMPAÑERO DE VIAJE

I

Tenía motivos el pobre Juan para estar hondamente afligido; su padre estaba en el último trance, sin que quedase esperanza alguna de salvación. Solos estaban los dos en la reducida estancia, alumbrada por una lámpara próxima a apagarse.

—Juan—dijo el enfermo—, has sido un buen hijo y Dios te guiará siempre por el buen camino.

Fijó en él una dulce y grave mirada, lanzó un profundo suspiro y expiró. Habríase dicho que dormía.

Juan lloraba, pues se quedaba solo en el mundo, y arrodillado a la cabecera del lecho besaba la mano del autor de sus días, bañándola con amargas lágrimas. Al fin le venció el cansancio, cerráronse sus ojos y se durmió.

Tuvo un sueño singular. Vió al sol y a la luna que se inclinaban ante él, y a su padre en la plenitud de su vida, riéndose con la alegría de sus buenos tiempos. Le acompañaba una hermosa doncella, la sien ceñida con una corona de oro no más reluciente que sus largos cabellos, que le tendía la diestra.

—Esta es tu prometida—le dijo su padre—; no la hay más bella bajo la capa de los cielos.

De repente, Juan se despertó y se desvanecieron las maravillosas visiones. En la habitación no había nadie más que él y su padre, que yacía exánime en su lecho.

Dos días después tuvo lugar el entierro. Juan acompañó el féretro hasta el cementerio y oyó la tierra caerle

encima. Creía que su corazón iba a estallar; pero, cuando los asistentes entonaron un salmo, el piadoso canto hizo brotar copiosas lágrimas de sus ojos y calmó su pesar. El sol brillaba por entre los árboles como diciéndole: «Aparta de ti la aflicción, Juan. Mira cuán hermoso es el Cielo. Pues bien, allí está tu padre implorando a Dios por tu salud y prosperidad.»

—Siempre seré bueno—se dijo Juan—, y conseguiré así unirme con mi padre en el paraíso. ¡Qué dicha la de volver a vernos! ¡Cuántas cosas tendré que decirle, mientras que él me detallará las maravillas celestes!

Y su imaginación le representaba tan vivamente esta unión, que sonreía al través de sus lágrimas.

A la mañana del día siguiente, Juan hizo un envoltorio con sus vestidos y guardó en un cinto los cincuenta escudos y algunos chelines de plata que constituían su herencia, y con los que se proponía recorrer el mundo. Antes de partir, fué al cementerio, se arrodilló sobre la sepultura de su padre y le dió un eterno adiós.

Emprendió su marcha a campo traviesa; abiertas y reluciendo al sol estaban las flores que se mecían sobre sus tallos como saludándole. Se volvió para dirigir una postrera mirada a la iglesia en que fuera bautizado, y en lo alto vió al genio de la iglesia asomarse por una ventana del campanario; el genio benéfico se puso una mano a modo de pantalla delante de los ojos para abrigarse del sol y ver a lo lejos, y cuando hubo reconocido a Juan, se sacó su gorro encarnado y puntiagudo, se puso una mano sobre el corazón, y le envió con la otra mil besos para testimoniarle su cariño y desearle buen viaje.

Juan prosiguió su camino pensando en las cosas notables que iba a ver en el vasto y maravilloso universo. Nunca se había alejado tanto; por vez primera veía las aldeas que atravesaba, y a nadie conocía de cuantos al



paso encontraba. La primera noche tuvo que dormir en el campo, sobre el heno, única cama que allí había. Juan se dijo que no la tenía mejor el rey. A sus pies una magnífica alfombra de verdura; un murmurador arroyuelo a corta distancia; un colchón blando, y sobre su cabeza el estrellado cielo por dosel. ¿Qué alcoba podía compararse a ésta? Juan podía dormir tranquilo y lo hizo en el acto. Cuando abrió los ojos, el sol estaba ya alto y bandadas de pajarillos revoloteaban a su alrededor, gritándole:

—Buenos días, vamos, arriba, ¡ya es hora!

Oyó el alegre repicar de las campanas de la vecina aldea; era un domingo y los aldeanos se dirigían hacia la iglesia. Juan los siguió. Al lado de la iglesia había un cementerio que Juan visitó, absorto en los recuerdos de su reciente luto. Vió algunas tumbas cubiertas de altas hierbas, y pensó que así se vería pronto la de su padre, puesto que él no estaría allí para arrancarlas. Entonces se prosternó, cortó las hierbas, enderezó las cru-

ces de madera y arregló las coronas que había derribado el viento.

—Quién sabe—se dijo—si alguien hará allí por mi padre, lo que hago yo por los muertos olvidados o abandonados.

A la puerta del cementerio había un anciano que andaba con el auxilio de muletas, y Juan le dió cuantos chelines de plata tenía. Luego, prosiguió su camino.

Al atardecer se desencadenó una terrible tempestad. Juan se puso a correr para encontrar un refugio, pero la noche llegó a pasos de gigante y la profunda obscuridad no le permitió ir más allá. Encontró en la cima de una colina una ermita aislada y se guareció en ella.

—Aquí podré descansar—se dijo—, pues necesito reposo.

Se acostó, rezó sus oraciones y se durmió mientras el trueno rodaba por el vacío.

Cuando se despertó no era aún de día, pero había cesado la tormenta; los rayos de la luna penetraban por las vidrieras, y vió en medio de la capilla un ataúd abierto, y en él un hombre que debía recibir sepultura al día siguiente. Juan no se asustó; tenía serena su conciencia y sabía que ni muertos ni espíritus habían de causarle daño alguno. Los malos son de temer entre los vivos. Precisamente acababan de entrar dos en la capilla y dirigiéndose hacia el féretro decían que iban a sacar el cadáver y tirarlo en medio de la carretera.

—Deténganse ustedes—exclamó Juan presentándose a ellos—. ¿Qué terrible profanación tratan de cometer? ¡En nombre del Cielo, dejad a ese pobre muerto reposar en paz en su ataúd!

—¡Esas son necedades!—respondieron los dos sacrílegos—. Este hombre se ha burlado de nosotros; nos debía dinero, y se le ha ocurrido morir para no pa-

garnos nunca sus deudas. Queremos castigarle, profanando su cadáver.

—Todo mi capital consiste en cincuenta escudos—dijo Juan—, pero se los daré con gusto si me prometen dejar en paz a ese pobre muerto. Soy joven y robusto, y, con la ayuda de Dios, no tardaré en ganarme el pan.

—Convenimos en el trato—contestaron los otros; tomaron el dinero del joven y se alejaron, riéndose a carcajadas de su ingenuidad.

Juan colocó en el ataúd al muerto que medio habían sacado, rezó una oración en sufragio de su alma y se fué muy contento.

Atravesó un vasto bosque que iluminaba la luna. En los espacios que esclarecían sus rayos, Juan vió una infinidad de geniecillos que bailaban alegremente, y que no se ocultaron, pues sabían que era bueno y piadoso. Había algunos tan pequeños como la mitad del dedo meñique, con largos cabellos rubios, que jugaban entre las gotas de rocío, sobre las plantas. A una orden del rey, cuatro arañas tendieron un puente de una a otra flor, y en ella se echó su majestad como en una hamaca. Los juegos duraron hasta el alba, hora en que los genios se refugiaron en las corolas de las flores. Juan salía en aquel momento del bosque, cuando una voz varonil resonó a su espalda:

—¡Eh! compañero—dijo—, ¿adónde vas?

—Vago a la ventura—respondió Juan—. Soy un pobre huérfano, pero Dios me ayudará.

—¡Yo también recorro el mundo!—dijo el desconocido—. ¿Me quieres por compañero?

—Con mucho gusto—respondió Juan.

Y siguieron andando juntos. No tardaron en ser buenos amigos, pues los dos eran valientes y animosos. Pero pronto notó Juan que su compañero sabía mucho más que él. Había visitado casi todos los ámbitos del globo

y refería cosas interesantísimas sobre todo lo existente en el universo.

Gran parte de su curso había corrido el sol cuando se sentaron a la sombra de un árbol para almorzar, y vieron una anciana que se dirigía hacia ellos. ¡Jesús, cuán vieja era! Andaba encorvada como una ese, apoyándose en una muleta e iba cargada con un haz de leña. En su delantal asomaban tres varillas tejidas con



helechos y ramas de sauce. Al llegar cerca de los viajeros, su pie tropezó contra una piedra y cayó dando un gran grito; se había roto una pierna.

Juan se apresuró a socorrerla, ofreciéndola llevarla a su morada; pero el desconocido sacó de su morral una caja en la que, les dijo, había un unguento que curaría la pierna rota en un abrir y cerrar de ojos.

—Podrá usted ir por su pie—añadió—, pero un servicio vale otro; me dará en cambio, las tres varillas que lleva usted en el delantal.

—Caro se hace pagar—respondió la anciana meneando la cabeza de un modo singular.

Era evidente que la costaba mucho separarse de las varillas, pero, como no podía permanecer allí tendida en el suelo, dió lo que se la pedía. El desconocido untó la pierna rota con un poco de unguento, como la cabeza de alfiler, y la anciana echó a andar al instante con más seguro paso que antes. En verdad, no era un farmacéutico quien había preparado aquel unguento.

—¿Para qué quieres esas varillas?—preguntó Juan a su compañero.

—Son unas varitas muy lindas—respondió el otro—. Me gustan sin que sepa precisamente por qué. Ya irás observando que soy muy original, es preciso que te acostumbres.

Continuaron su camino durante largo trecho.

—Mira cómo se nubla el cielo—dijo Juan—, y qué enormes nubarrones se ven allá abajo.

—No son nubes — dijo el otro—, sino montañas; montañas más elevadas que cuantas hasta hoy hayas visto. Desde lo alto de sus cimas se dominan las nubecillas y se encuentra uno en la atmósfera más pura y serena. ¡Y qué vista tan magnífica! Subiremos allá y verás todo el país que hemos atravesado.

Emplearon un día de marcha para llegar al pie de aquellas montañas, que parecían estar tan sólo a media legua. A medida que se acercaban, distinguían las elevadas selvas de pinos que mecían sus copas entre las nubes, y moles de roca más grandes que catedrales. Difícil debía de ser trepar por allí, y Juan y su compañero entraron en la posada para descansar y recobrar fuerzas para el siguiente día.

Una numerosa concurrencia había en la sala principal, donde un hombre acababa de colocar un teatrillo de autómatas. En primera fila se veía un rechoncho car-

nicero que había empujado a todo el mundo para ocupar un lugar preferente, y un mastín enorme, de feroces ojos, le había seguido y estaba al lado de su amo, mirando atentamente el teatro, como los demás espectadores.

Comenzó el espectáculo. Era una chistosa comedia en la que figuraban un rey y una reina, con corona en la cabeza y manto de terciopelo en los hombros. Unos muñecos con ojos de cristal representaban a los pajes, cuya única misión era la de abrir y cerrar las puertas y ventanas para dar aire, pues la comedia se desarrollaba en verano.

Erase, pues, una piececita muy cómica que hizo reír a toda la asistencia. En el momento en que la reina se levantaba para entrar en su aposento, el mastín dió un salto al tablado, agarró a la linda reina por el talle y la dió una dentellada. Oyóse un crujido horrible y rodó por tierra la testa coronada.

El dueño del teatrillo estaba desesperado, como era muy natural, pues la reina era el personaje más importante de su compañía; entretanto, como el espectáculo había terminado, la gente desalojaba el local. El compañero de Juan ofreció al dueño del teatro componerle su reina; la untó con un poco del unguento que había sanado la pierna de la vieja, y al momento la muñeca comenzó a bailar y a gesticular, sin que fuera necesario tirar de las cuerdecitas que la movían. Se la hubiera tomado por una enana en vida, salvo que no sabía hablar. El empresario estaba loco de contento. ¡Qué fortuna! Una muñeca que bailaba sola. Jamás se había visto cosa semejante desde el tiempo que las hadas habitaban la tierra.

Cuando llegó la noche y todo el mundo estuvo recogido en el mesón, un ruido de suspiros y sollozos, hizo levantar a toda la gente para saber qué ocurría. Los acentos de dolor salían del teatrillo y los lanzaban los

muñecos, pidiendo a voz en grito que los untasen con el maravilloso unguento, pues querían moverse como la reina. Esta se arrodilló, y presentando su corona de oro, dijo, hondamente emocionada :

—Tome usted esta joya que es cuanto poseo, y dígnese untar con su maravilloso unguento a mi real consorte y a mis cortesanos.

El empresario ofreció al compañero de Juan darle las entradas de una semana, si consentía en untarle algunos muñecos, pero éste exigió por única recompensa el sable que el rey llevaba al costado ; y cuando se lo dieron, untó una docena de muñecos, que se pusieron a bailar en el acto ; las campesinas no pudieron menos de imitarlos y el bailoteo fué general durante un cuarto de hora.

Al siguiente día, Juan se puso en camino con su compañero con dirección hacia las montañas. Una vez en la cima, se encontraron a una altura tal, que los campanarios les parecían bayas de grosellero perdidas entre las hojas. Ante sí divisaban una extensión inmensa, y creía Juan que abrazaban sus ojos toda la tierra. Era magnífico. El sol iluminaba con sus rayos la limpieza del cielo. Ecos sonoros repetían sonidos de las bocinas de caza.

—¡ Dios munífico ! ¿ por qué no puedo besarte por estas maravillas que me permites admirar ?

Su compañero había cruzado también las manos para rezar. Estaban los dos extáticos y absortos en la contemplación de aquellas ciudades, bosques y campos inundados de luz, cuando oyeron en lo alto una música deliciosa. Levantaron la cabeza y vieron un gran cisne blanco que se cernía en los aires, cantando como nunca se había oído cantar ave alguna. Poco a poco, los melodiosos acentos se fueron debilitando, dejaron de oírse por completo, y el cisne, ocultando la cabeza bajo una ala, cayó



Su compañero había cruzado también las manos para rezar. (Pág. 63).

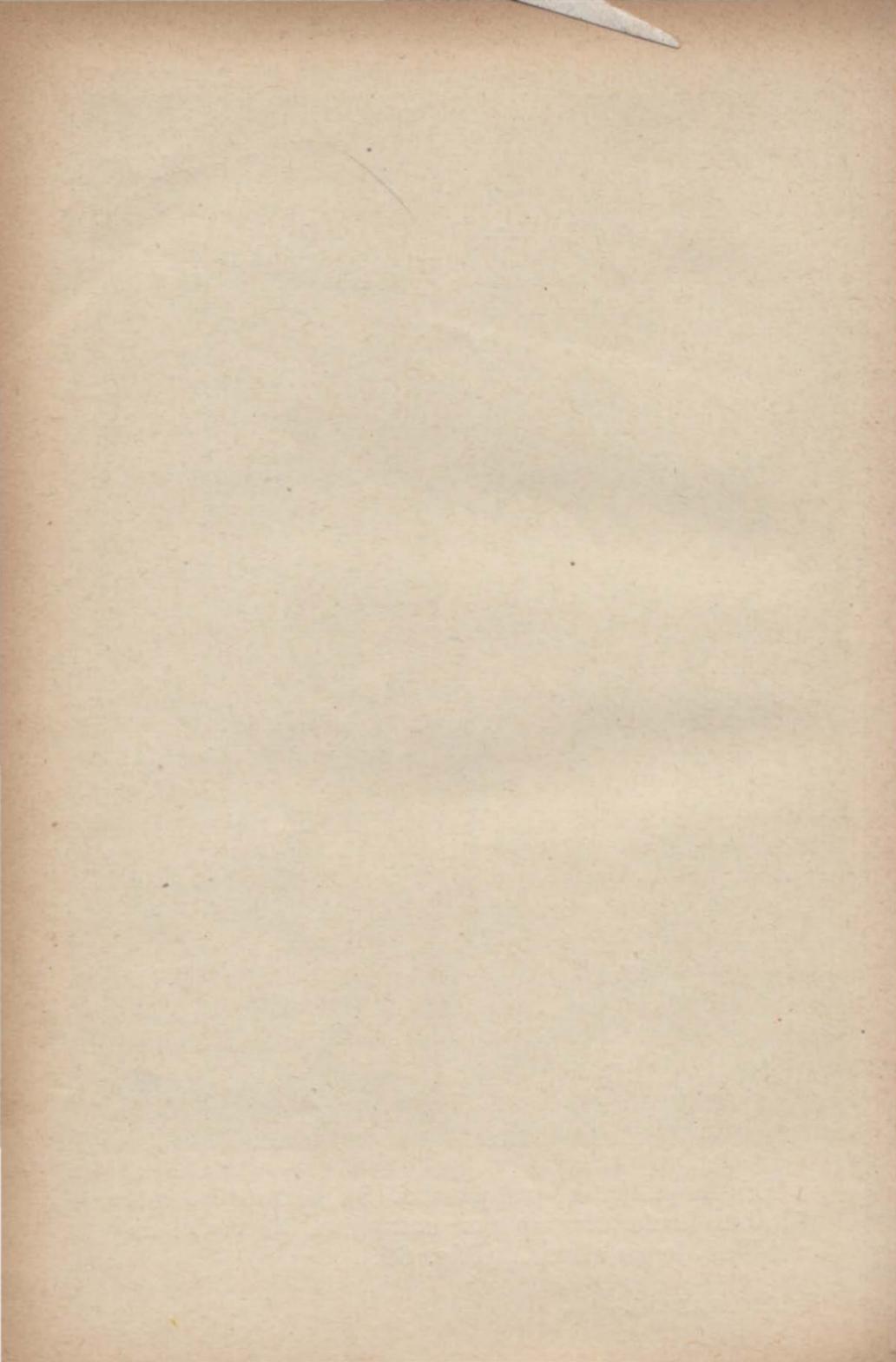
rápidamente a los pies de Juan y de su compañero. Estaba muerto.

—¡Qué espléndidas alas, qué blancura tan sin igual! Mira qué grandes son cuando se extienden. Voy a llevármelas. Ahora me servirá el sable del rey de los muñecos.

Y con un solo golpe de esta maravillosa arma, cortó cada ala y las guardó en su maleta. Prosiguieron su camino, y después de haber atravesado la cordillera y muchas tierras más, divisaron una gran ciudad en la que contaron hasta cien torres que relucían al sol, pues eran de plata maciza. En el centro de la ciudad se alzaba un inmenso palacio de mármol cuyo tejado se componía de láminas de purísimo oro. Era la residencia del monarca.



Era la princesa que pasaba. Su hermosura admirable hacía olvidar por completo, al verla, la crueldad de su alma... (Pág. 66.)



II

Juan y su compañero no quisieron entrar en la ciudad descuajaringados como iban y se detuvieron en una posada de un arrabal para reparar un poco el desorden de su traje. El posadero les contó que el rey era un excelente sujeto, incapaz de hacer daño a una mosca.

—Pero en cambio la princesa, su hija—añadió—, es una criatura de la que Dios nos libre. Es hermosa y graciosa sin igual en el reino, pero tiene un alma negra como un cuervo. Es causa de que muchos y seductores príncipes hayan perdido la vida. Cuando se trató de darle esposo autorizó a todo el mundo, desde los hijos de los reyes hasta los mendigos, a solicitar su mano. Pero el que se presentaba debía adivinar por tres veces consecutivas lo que la princesa pensaba en aquel momento, y si no acertaba, era decapitado o ahorcado. La inaudita crueldad de la princesa tenía desesperado al anciano monarca; tanto más cuanto que no quería impedirlo, porque había jurado que dejaría obrar a su hija libremente en el asunto de su casamiento.

De todas las naciones del mundo llegaron esforzados príncipes. Ninguno había podido salir en bien de ninguna de la primera de las tres preguntas y todos perecieron. La princesa no había manifestado nunca el más mínimo movimiento de piedad.

—Tanto peor para ellos—decía—, nadie les obligaba a venir a cansarme y podrían haberse quedado en su casa.

Es un desconsuelo general. El más condolido es el rey. Un día entero por semana pasa prosternado con sus soldados y servidores, pidiendo a Dios ablande el corazón de la princesa. Nada trae remedio. Hasta las viejas

tiñen su aguardiente con un jugo negro en señal de luto, y no es posible exigirles más.

—¡Qué horrible princesa!—dijo Juan—. Deberían darle una buena paliza para corregirla.

En este momento atrajeron la atención de todos los ¡hurras! que en la calle lanzaba la muchedumbre. Era la princesa que pasaba. Su hermosura admirable hacía olvidar por completo, al verla, la crueldad de su alma y el pueblo la saludaba con entusiasmo como si no hubiese hecho más que bien en toda su vida. Los viajeros, como los mozos del mesón, se apresuraban a salir a verla. Doce camaristas vestidas de raso blanco con un tulipán de oro en la mano, galopaban a su lado con corceles negros. La cabalgadura de la princesa era un soberbio palafrén blanco como la nieve, cuyos arneses relucían, cuajados de diamantes y rubíes. Su traje era tejido de oro. La corona que ceñía sus sienes fulguraba como las estrellas más brillantes. Su manto—rara maravilla—, estaba compuesto con infinito número de alas de mariposa. Pero, la belleza de la princesa, superaba en mucho a la de su vestimenta.

Cuando Juan la vió, se puso rojo como la grana, y quedó tan turbado que no pudo pronunciar ni una palabra. La princesa tenía un parecido exacto con la joven con diadema de oro que viera en sueños la noche en que murió su padre. Sintió su corazón latir con violencia ante seducciones tantas.

—Es imposible — se dijo — que sea la maga feroz que pretenden. ¡Cómo, con ese rostro tan suave puede hacer morir a aquellos que no adivinan su pensamiento! Es imposible. La verdad es que cualquiera, hasta el hijo de un pordiosero, puede pedir su mano y voy ahora mismo a palacio a someterme a la prueba. Nada puede detenerme.

Al conocer el designio de Juan, todos le suplicaron

desistiese de tan temerario proyecto, anunciándole que no podría evitar la suerte de los que le habían precedido. Su compañero trató también de quitárselo de la cabeza. Pero Juan declaró que tenía la seguridad de salir bien del paso. Cepilló su vestido, se lavó cara y manos, peinó sus largos cabellos rubios, salió y llamó resueltamente a las puertas del palacio.

—¡Puede pasar!—dijo el anciano rey.

Juan abrió la puerta. El soberano, con bata y zapatillas bordadas, le salió al encuentro con la corona en la cabeza, el cetro en la diestra y el símbolo de justicia en la siniestra.

—Un momento—dijo.

Y se puso el cetro debajo del brazo para dejar libre una mano que ofreció al recién llegado. En seguida que supo la intención del visitante, se desconsoló e hizo tales aspavientos y ademanes que el cetro rodó por tierra. Lágrimas tan copiosas corrían por sus mejillas que su pañuelo no bastó para enjugarlas y tuvo que recurrir a una punta de su bata.

—En nombre del Cielo desiste de tu loco propósito. Sucumbirás como los otros. Ven a ver lo que te aguarda.

Y condujo a Juan al jardín de recreo de la princesa. ¡Qué horror! De otros tantos árboles colgaban los esqueletos de tres o cuatro príncipes que no habían sabido adivinar el pensamiento de Su Alteza.

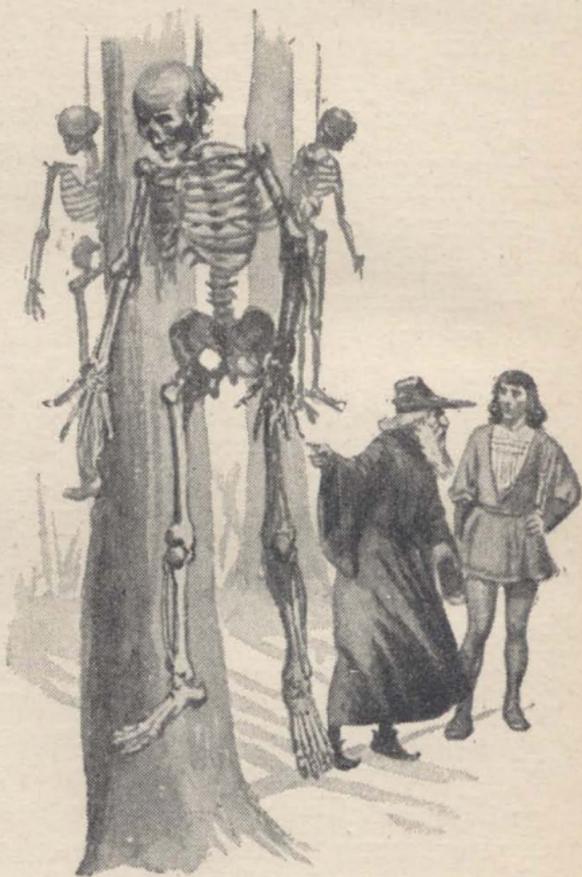
—¿Te has fijado bien?—preguntó el rey—. ¿Quieres, pues, venir a enriquecer este osario? Huye, ¡huye de este abominable recinto! Si no tienes apego a la vida, apiádate a lo menos de mí, pues cada vez que dan muerte a un pretendiente me sangra el corazón.

La aflicción del soberano conmovió profundamente a Juan y le besó la mano, compasivo; pero le dijo que nada temiese, que se arreglaría mejor que los otros y

que, además, estaba tan prendado de Su Alteza, que prefería la muerte si no podía ser su esposo.

Volvía en este momento la princesa de su paseo y subió a sus habitaciones. Juan fué conducido a su presencia por el rey, y al serle presentado, la princesa le ofreció su mano, lo que le hizo pensar que no debía ser tan mala como decían. Los pajecillos ofrecieron a Juan y al rey delicados dulces, pero éste estaba muy asustado para comer, y en segundo lugar no tenía ya dientes.

Quedó acordado que a la mañana siguiente Juan iría a palacio, donde se reuniría el Consejo de Estado y los jueces encargados de presidir la prueba. La princesa le pediría que adivinase el objeto de su pensamiento. Si, más afortunado que sus predecesores, no fracasaba a la primera, tendría que adivinar dos veces más.



¡Qué horror! De otros tantos árboles colgaban los esqueletos. (Pág. 67).

—Si no—añadió la princesa con la mayor afabilidad—, morirá ahorcado.

Juan no experimentó ningún miedo al comprometer así su vida. Salió del palacio para regresar al mesón, y una vez en el campo se puso a bailar, cosa que no es de extrañar en un enamorado.

Encontró a su compañero, a quien no supo explicar con cuánta gracia y afabilidad le había recibido la princesa. Ansiaba que llegase el momento de verse al otro día en el trance de la adivinación. El compañero meneaba la cabeza y parecía preocupado.

—Soy tu mejor amigo—dijo—; habríamos podido vivir mucho tiempo juntos y ser felices y ¡hete que debo perderte tan pronto! ¡Pobre Juan! No sé cómo puedo contener las lágrimas; pero, puesto que es tal vez la última velada que pasamos juntos, no quiero turbar tu alegría. ¡Está alegre, muy alegre! Mañana, una vez que te hayas marchado, lloraré a mi sabor.

Cuando se propaló por la ciudad el rumor de que se había presentado un nuevo pretendiente a la mano de la princesa, fué una desolación general; los teatros no abrieron sus puertas, los vendedores de dulces los ataron con cintas negras. El rey se unió a las gentes que llenaron las iglesias. Todos suplicaban a Dios que destruyese, al fin, la maldición que sobre la princesa pesaba. Pero, ¿cómo esperar que aquel desdichado joven saliese en bien del paso que había costado la vida a príncipes instruídos y graciosos?

Al anochecer, el compañero de Juan preparó un abundante ponche, y dijo:

—¡Viva la alegría! Brindemos por la salud de la princesa.

Apenas había apurado Juan el segundo vaso, le acometió el sueño y se quedó profundamente dormido. El compañero le llevó cuidadosamente a su lecho.

Entrada ya la noche, ató sólidamente a sus hombros las dos alas de cisne, se metió debajo del brazo la más larga de las varillas que le había dado la vieja a la que curó la pierna, y abriendo la ventana se lanzó por los aires volando con igual facilidad que un pájaro. Se dirigió a palacio y se posó en el alféizar de una ventana, en el piso inferior al que ocupaba la princesa.

Un silencio profundo reinaba en toda la ciudad, cuando dió el reloj las doce menos cuarto. Se abrió una ventana, y la princesa, envuelta en un gran manto blanco, con enormes alas negras como las de un murciélago gigantesco, voló, pasando por encima de la ciudad hacia una elevada montaña que había a corta distancia. El compañero de Juan la siguió después de haberse vuelto invisible, hasta para una mágica como ella, y comenzó a vapulearla de lo lindo con la varilla que llevaba.

—¡Cómo graniza, cómo graniza!—decía ella a cada palo que recibía.

En el fondo no la disgustaba, pues le gustaba más la tormenta que una noche serena.

Llegó a la montaña y tocó una roca que rodó con infernal estruendo. La princesa se precipitó en una vasta caverna.

Llegaron a un gran salón cuyas paredes eran de oro y plata; en consolas de mármol había flores azules y encarnadas, grandes como soles; pero nadie hubiera podido tocarlas, pues los tallos eran horribles sierpes venenosas, y las flores, bien miradas, no eran más que las llamadas que brotaban de las fauces de los espantosos reptiles. Millares de luciérnagas cubrían el techo. Murciélagos con alas azules, diáfanas, revoloteaban en todos sentidos y producían cambiantes admirables en aquella fantástica iluminación, dando al espectáculo un aspecto verdaderamente infernal.

En el centro del salón se alzaba un trono que soste-

nían cuatro esqueletos de caballo, cuyos arneses tenían en vez de piedras, arañas rojas como brasas encendidas. El trono era un ópalo colosal. Como cojines, un montón de ratones que se roían mutuamente el rabo. Encima del trono había un dosel de telarañas sonrosadas, en las que innumerables moscas verdes relucían como esmeraldas.

Ocupaba el trono un anciano hechicero de una fealdad horrorosa, con corona en la cabeza y cetro en la mano. Besó a la princesa en la frente y la hizo sentar a su lado; luego, a una señal del viejo, comenzó una música singular. La orquesta se componía de buhos, de sapos, de grandes langostas negras, que lanzaban con furor sus gritos chillones, acompañados por los silbidos de centenares de serpientes. Entretanto, una multitud de genios maléficos, en cuyas cabezas brillaban fuegos fatuos, ejecutaban una danza que acabó en un triple galop.

El compañero de Juan se había colocado detrás del trono para contemplar este espectáculo. Vió entrar en seguida una infinidad de cortesanos que a primera vista parecían llenos de elegancia y distinción; pero, mirándolos mejor, notó que no eran más que palos de escoba dominados por coles, a los que el hechicero había prestado una especie de vida. Estaban vestidos con magníficos trajes, y como sólo servían para adorno del salón, era cuanto se necesitaba, tanto más cuanto que con frecuencia los cortesanos de carne y hueso no tienen más seso ni corazón que aquellos maniqués.

Cuando hubo terminado el baile, la princesa contó al hechicero que había llegado un nuevo pretendiente a su mano, y le preguntó en qué debía pensar al otro día para aniquilar al temerario.

—Escucha el consejo que te doy—dijo el hechicero—. Piensa en un objeto ordinario, pues no se imaginará

nunca lo que es y buscará una cosa difícil. Elige, por ejemplo, uno de tus zapatos. Ciertamente, no se le ocurrirá eso. Luego le harás cortar la cabeza en seguida, y cuando vengas mañana a contarme lo que ha pasado, no te olvides de traerme los ojos del joven, pues nada me deleita tanto como esas golosinas.

La princesa le hizo una respetuosa reverencia y prometió no olvidar el encargo. El hechicero la acompañó hasta la puerta, abriendo la roca tocándola con su cetro y la princesa se elevó por los aires en dirección a la ciudad. El compañero, que la seguía como su sombra, volvió a apalearla con más fuerza aún que antes, hasta el punto que sintiéndose toda dolorida por el granizo, como ella decía, se quejó en alta voz, se apresuró a llegar a palacio y por la ventana abierta penetró en sus aposentos. El compañero entró en la posada donde Juan seguía durmiendo; se quitó las alas y se metió en la cama, pues fácil es comprender que estaba rendido de cansancio.

A la mañana siguiente, cuando Juan se hubo despertado, su compañero le contó que había tenido un sueño singular en el que figuraba la princesa y su zapato, y le aconsejó que dijese «zapato» cuando ella le preguntase en lo que había pensado.

—Lo mismo puedo decir zapato como otra cualquier cosa—respondió Juan—, y tal vez acertaré, pues tengo confianza en Dios, y quién sabe si no ha sido para ayudarme para lo que te ha mandado ese sueño. Démonos un adiós cordial, que acaso será el último.

Se abrazaron con efusión y Juan se trasladó a palacio con paso rápido. La sala del trono estaba llena de gente. Los jueces ocupaban cómodos sillones para que se mantuviesen sin dificultad en una actitud conveniente para inspirar respeto. A la llegada de Juan, el anciano rey se levantó y se echó a llorar a lágrima viva, pues

esta vez se había abastecido de pañuelos para enjugárselas.

Momentos después la princesa hizo su entrada y le pareció a Juan mucho más hermosa que la víspera cuando se inclinó saludando a la asamblea. Empero, sólo fué amable con Juan, al que le dió la mano al par que los buenos días. Había llegado el momento solemne. Juan debía adivinar el pensamiento de la princesa. La doncella lo miraba con la sonrisa más amable del mundo, cuando le creía condenado a muerte.

—Zapato—dijo Juan con una voz firme.

Al momento, la princesa se puso blanca como el már-



mol y un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, pero no podía negarlo, Juan había adivinado exactamente. ¡Qué estupefacción la de la asistencia! Era la vez primera que la prueba no era fatal desde un principio. La

multitud prorrumpió en aplausos y gritos de júbilo a pesar del respeto debido a Su Majestad. Pero el mismo soberano daba muestras de una loca alegría, pues dió tres volteretas sucesivas.

III

Cuando contento pero no orgulloso Juan regresaba a su posada, al pasar delante de una iglesia entró en ella para suplicar a Dios que no le retirase su protección. Su compañero le felicitó al saber lo que había pasado. Pero no era más que un paso ; al otro día, era preciso adivinar también exactamente.

Se repitieron las escenas de la noche anterior ; Juan se durmió, la princesa se fué hacia la montaña y el compañero la siguió apaleándola furiosamente con dos varillas en vez de una. Nadie lo vió y él lo oyó todo. El hechicero dijo a la princesa que pensase en su guante. El compañero refirió a Juan que había soñado que la princesa pensaría en su guante.

Juan adivinó por segunda vez y el júbilo fué mayor aún ; toda la corte se puso a dar volteretas como el rey había hecho la víspera. La princesa se desmayó ; la rabia la sofocaba, y no pronunció una palabra en todo el día.

Faltaba la última prueba. Si Juan salía de ella en bien, se casaría con la princesa y sería el heredero de la corona ; si fracasaba, sería ahorcado y el espantoso hechicero se comería sus hermosos ojos azules.

Por la noche, Juan se acostó temprano después de haber elevado a Dios ardientes oraciones y se durmió con la mayor tranquilidad. El compañero volvió a atarse las alas del cisne, se puso al cinto el sable del rey de

los muñecos, que untara con un unguento, tomó las tres varillas de la anciana, y se dirigió a palacio.

Se abrió la ventana y la princesa tomó su vuelo. Estaba pálida como la muerte. El compañero, armado de sus tres varillas la dió tal paliza que lanzó dolorosos ayes. Creyó que no podría llegar a la montaña.

Por fin penetraron en la caverna.

—En toda mi vida he visto tiempo semejante—dijo al hechicero—, han caído sobre mí granizos como huevos de gallina ; mire, tengo el rostro ensangrentado.

Le contó que Juan había adivinado por segunda vez su pensamiento.

—Si adivina mañana, se acabará mi poder mágico y no podré volver más a esta montaña.

—Pierde cuidado—le respondió el hechicero—. Esta vez se quedará corrido como una mona. Voy a pensar una cosa que ni remotamente pueda pasarle por las mientes. Entretanto, ¡ que comience el baile !

Tomó de la mano a la princesa y bailó con ella algunas figuras entre los genios que daban vueltas ; las arañas luminosas corrían a lo largo de las paredes ; mecíanse sobre sus tallos las flores de fuego. Serpientes, buhos, langostas y sapos ejecutaban su extraño concierto. Este espantoso espectáculo pareció reanimar un poco a la princesa, que, sin embargo, se apresuró a anunciar su deseo de partir, para que no se notase su ausencia en el palacio. El hechicero, sospechando que hubiese algún traidor entre los genios del antro mágico, no la dijo en presencia de ellos lo que quería que hiciese adivinar a Juan, y se ofreció a acompañarla hasta su casa para conversar de importantes asuntos durante el trayecto.

Partieron, pues, por entre la tormenta que arreciaba. El compañero, que los seguía, se ensañó con el hechicero y le dió tal varapalo que rompió sus varillas. El

maldito hechicero renegaba del granizo que tal creía eran los golpes. Al llegar cerca del palacio se despidió de la princesa, y murmuró a su oído :

—Sea mi cabeza el objeto de tu pensamiento en el acto de la prueba.

El compañero, que tenía el oído alerta, lo oyó claramente. La princesa se escurrió por la ventana y el hechicero quiso volverse, pero el compañero le asió por su larga cabellera y con un golpe seco de su sablecito, le cortó la cabeza a cercén ; el hechicero no tuvo tiempo de pronunciar la palabra mágica que habría podido salvarlo.

El compañero arrojó a un estanque el cadáver, con el que los peces se deleitaron, mantuvo la cabeza en el agua hasta que estuvo exangüe, y se fué a dormir llevándosela envuelta en un pañuelo de seda. Al otro día entregó el lío a Juan encareciéndole que no lo abriese hasta el preciso momento en que la princesa le dirigiese su pregunta.

Como los días anteriores la sala del trono estaba atestada, y las cabezas se veían apiñadas como los rábanos en un manojo. Los jueces estaban repantigados en sus sillones, con aire muy grave por más que fuesen los entes más inútiles del mundo. El anciano rey, confiando que la maldición que sobre ellos pesaba iba a terminar, vestía un traje nuevo y había hecho limpiar con polvos de ladrillo su corona y su cetro. Su actitud en este día era la de un soberano importante. La princesa estaba pálida y febricitante. Había vestido un traje negro como si fuese a un entierro.

—¿ En qué estoy pensando?—preguntó a Juan con insegura voz.

Juan deslió el pañuelo y retrocedió espantado al ver la horrible cabeza del hechicero. La asamblea dió un brinco de terror. En efecto, aquella cabeza resumía to-

do el horror del infierno. La princesa se quedó inmóvil como una estatua y largo tiempo pasó, antes de que se réanimase; con la vista baja, humillada, vencida, se dirigió a Juan y presentándole una mano, le dijo rompiendo en sollozos:



Juan deslió el pañuelo y retrocedió espantado al ver la horrible cabeza del hechicero. (Pág. 76).

—Eres mi dueño; esta noche se celebrará la boda.

—¡ Por fin!—dijo el anciano rey—esta noche se celebrarán las bodas.

La asamblea lanzó un estrepitoso ¡ hurra!, las bandas militares ejecutaron alegres marchas y tañeron las campanas.

Todo era animación y movimiento en la ciudad: en la plaza mayor, el rey hizo asar un centenar de bueyes enteros, rellenos con pollos y patos. Las fuentes derramaban vino durante el día. Por la noche, toda la ciudad

estuvo iluminada, los artilleros dispararon ciento y un cañonazos, mientras los muchachos disparaban cohetes. Se comió y se bebió en un día más que se bebe y se come en una semana ordinaria. Luego hubo bailes en los sitios públicos y en palacio.

La princesa no había dejado de ser hechicera aunque hubiese perdido su poder, y esto acibaraba toda la alegría de Juan. Su compañero lo notó y le entregó tres plumas arrancadas a un ala del cisne, y un frasquito.

—Por la noche—le dijo—, cuando la princesa esté sola en sus habitaciones, la zambullirás por tres veces en un baño en el que previamente habrás vaciado el contenido de este frasco y echado estas plumas. Y después te amaré tanto como ahora te detesta.

Juan siguió al pie de la letra el consejo de su compañero. Cuando zambulló por vez primera a la princesa en el agua, ésta lanzó agudísimos gritos y salió a la superficie bajo la forma de un gran cisne negro, de relucientes ojos, que luchaba con furor. Juan volvió a zambullirla con poderoso esfuerzo, y reapareció la princesa como un cisne blanco con un collar de plumas negras. Juan pronunció una ardiente plegaria y la zambulló por tercera vez. Entonces salió con su figura natural, cien veces más hermosa que antes. Se echó en los brazos de Juan, llorando de júbilo y le dió gracias por haber roto el encanto que la había hecho tan cruel.

Al siguiente día, el anciano rey, la corte, los notables desfilaron delante de los nuevos esposos deseándoles prosperidad. En último término pasó el compañero de Juan que llevaba su palo en la mano y su mochila a la espalda. Juan lo estrechó contra su corazón, suplicándole que no se marchase para darle así ocasión de manifestarle su gratitud. Pero el compañero meneó la cabeza y dijo con dulce y tierno acento:

—No, he cumplido mi misión, he pagado mi deuda.

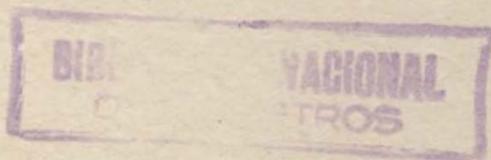
¿Te acuerdas del muerto que dos hombres perversos querían arrojar en medio de un camino? Entregaste todo tu capital para que lo dejaran reposar en paz en su ataúd. Pues bien, ¡aquel muerto era yo!

Y dicho esto, desapareció.

Los festines y las danzas duraron un mes entero.

El rey vivió muchos años felices rodeado de infinitos nietecitos, y cuando al fin murió vencido por los años, Juan fué proclamado rey de todo el país.

FIN



P
82-935
#3E

AUTORES DANESSES
LITERATURA INFANTIL - CUENTO

Biblioteca Selecta

VOLUMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen, 1.º
11. Cuentos de Andersen, 2.º
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo
39. Una ciudad flotante, 1.º
40. Una ciudad flotante, 2.º
41. Miguel Strogoff, 1.º
42. Miguel Strogoff, 2.º
43. Las Indias negras, 1.º
44. Las Indias negras, 2.º
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma. — El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolín.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac, 1.º
58. Héctor Servadac, 2.º
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los hijos del capitán Grant, 1.º
63. Los hijos del capitán Grant, 2.º
64. Los quinientos millones de la Begún.